

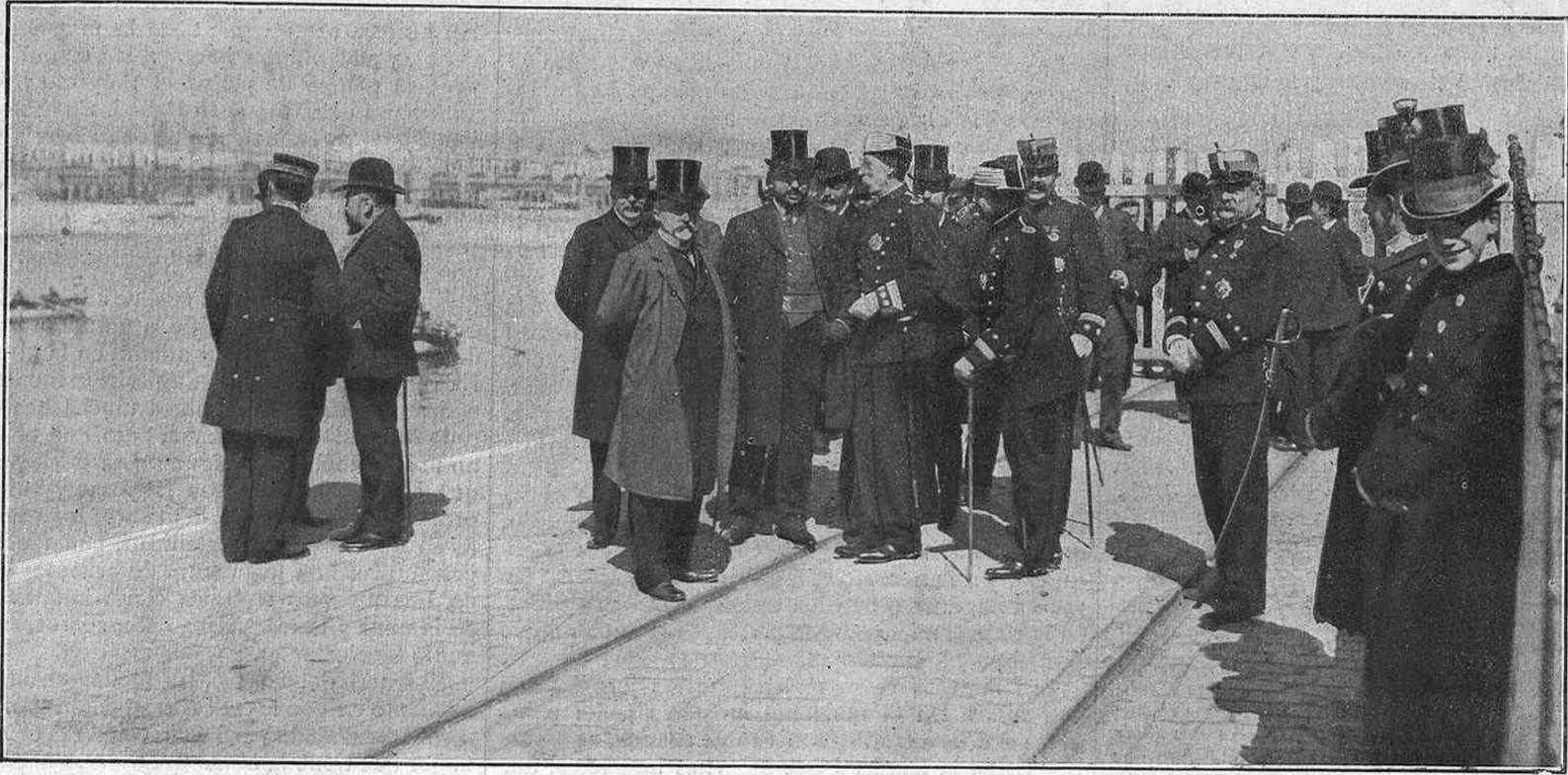
# La Ilustración Artística

Año XXVI

← BARCELONA 1.º DE ABRIL DE 1907 →

Núm. 1.318

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Barcelona.—Las autoridades esperando el desembarque del príncipe de Battenberg



Barcelona.—El príncipe de Battenberg presenciando una partida de «lawn-tennis» en el chalet de los Sres. de Arnús.  
(De fotografías de A. Merletti.)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que será la novela

## LUZ Y SOMBRAS

original del famoso escritor inglés lord Bulwer-Lytton.

Es una obra que no dudamos será acogida con verdadero entusiasmo, porque se trata de una novela de acción interesantísima, llena de emocionantes episodios, y en la que al profundo espíritu de observación y al perfecto conocimiento del corazón humano, hermánanse la verdad y el vigor con que el autor traza los caracteres de sus personajes y la maestría con que describe el medio en que éstos se mueven.

La novela ha sido traducida del inglés por D. Pelayo Vizueté é ilustrada por Calderé.

## SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — De payasos, por Alfonso Hernández Caciá. — El duelo en los Estados Unidos. — Salvamento de los tripulantes del «Jena» en Bolt Tail, Salcombe. — Tolón. Entierro de las víctimas del acorazado francés «Jena». — La Pascua de los judíos en Roma, por Carlos Abeniacar. — Nuestros grabados. — Noticias de espectáculos y de Bellas Artes. — Problema de ajedrez. — El miedo á la vida, novela ilustrada (continuación). — Nuevos aparatos de aviación. Los aeroplanos Bleriot y Santos-Dumont. — El rey de Sajonia en Madrid.

Grabados.—Barcelona. Las autoridades esperando el desembarco del príncipe de Battenberg. — El príncipe de Battenberg en el chalet de los Sres. de Arnús. — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo De payasos. — Naufragio del vapor «Jebba». — Ondina, cuadro de A. Echter. — Tolón. M. Fallières dando el pésame al almirante Mancerbón, acompañado de MM. Clemenceau y Thomson. — Funerales de las víctimas del «Jena». — Roma. Elaboración del pan ázimo. — Horno donde se cuecen los panes ázimos. — Depósito de panes ázimos en una sala del nuevo templo. — Nuevo templo judío á orillas del Tíber en los límites del antiguo «Ghetto». — Las Parcas, cuadro de Claudio Dalbance. — En la feria, cuadro de José Navarro. — Plancha que en memoria de la expedición André al Polo Norte ha hecho modelar la Sociedad de Geografía y Antropología de Estokolmo. — Medalla-plaqueta conmemorativa del primer aniversario de la muerte del general Bartolomé Mitre, acuñada en los talleres de Bellagamba y Rossi. — París. El aeroplano Bleriot. — El nuevo aeroplano Santos-Dumont. — Entrada en Madrid del rey Federico de Sajonia, acompañado de S. M. el rey D. Alfonso XIII. — San Petersburgo. La sala del palacio de Taurida después del hundimiento del techo.

## CRÓNICA DE TEATROS

Eso de convertir el teatro en púlpito, cátedra ó tribuna me ha parecido siempre una desagradable inoportunidad. Ante todo, un drama es una obra de arte, y su fin principal, por lo tanto, debe ser el expresar un aspecto de la belleza. Yo, cuando voy á ver una función escénica, y creo que lo mismo le acontece al noventa por ciento de los espectadores, me siento tan defraudado, si me encuentro con un sermón, como me encontraría en la iglesia si oyese á un predicador entonar una jácara.

No quiere esto decir que la literatura dramática deba ser ajena á los graves problemas que preocupan la conciencia humana; pero estos problemas han de estar de tal modo infundidos en los caracteres de los personajes, que sean ellos los que realmente nos interesen. Convertir las ideas en sentimientos y pasiones es la gran labor del dramaturgo moderno. Cuando las ideas, esto es, el elemento didáctico se sobreponen al sentimiento y á la pasión, ó sea al elemento artístico, la obra dramática pierde su carácter propio, se desvirtúa y adultera. Puede suceder que por circunstancias especiales las obras de propaganda obtengan un triunfo ruidoso, pero su vida dura tan sólo el tiempo que aquéllas subsisten. Recuérdese, en prueba de lo dicho, lo acontecido con *Electra*.

Dicenta, que es un verdadero autor dramático, con sus puntas y ribetes románticos, viene, desde hace algún tiempo, desnaturalizando sus dotes artísticas con la difusión, desde la escena, de sus ideas revolucionarias. Para realizar esta vez su propósito

ha compuesto un melodrama declamador y sombrío, titulado *Daniel*, en el cual se amontonan todos los lugares comunes con que la filosofía periodística comenta las desigualdades sociales. El procedimiento puesto en práctica por Dicenta es el empleado por Sué, Aiguals de Ireo y otros autores que tuvieron su boga á mediados del siglo último. Consiste dicho procedimiento en presentar la sociedad dividida en dos bandos, el de los buenos y el de los malos: los buenos son, en *Daniel*, los obreros; los malos, los burgueses. Éstos son unos pillos sin entrañas, que no se limitan á explotar á los trabajadores, sino que además los maltratan, humillan, atropellan y deshonran.

Del complicado problema social y de las cuestiones que en él tienen su origen, el autor sólo ha recogido lo superficial, lo externo, recargándolo con negrismas tintas. El público del Español, que lo constituyen, como es sabido, las clases aristocráticas y burguesas, se ha negado á ver el drama de Dicenta, y la empresa de aquel favorecido teatro ha tenido que representar la obra en funciones populares á bajo precio.

\* \*

La acción de *Daniel* se desarrolla en una mina de plomo, unida á una fábrica de fundición. Los obreros pasan allí la pena negra trabajando unos en las profundidades de la tierra, arrastrando otros vagones cargados de mineral y torturándose algunos ante las bocas infernales de los hornos. Aquella labor sin alegría fomenta en los corazones de los mineros el odio contra sus inicuos explotadores, odio aún más excitado por las predicaciones de cierta hembra, viuda de un trabajador muerto en una huelga, y á la cual, por sus revolucionarias predicaciones, llaman *la Apóstola* sus compañeros de trabajo. Esta predicadora, secundada por Pablo, otro obrero libertario, habla vagamente de no sé qué ideales de amor y de justicia que habrán de realizarse á fuerza de espantosas degollinas.

Las teorías de *la Apóstola* encuentran ruda oposición en Daniel, hornero de la fábrica de fundición, padre de Pablo, el colega de Cesárea la viuda predicadora, y de un sargento á quien la desgracia ha llevado á imponer orden, en unión de otros soldados, en la cuenca minera á que pertenece la mina en que Daniel y su hijo trabajan.

Los mineros viven malamente; los jornales son mezquinos. En el momento en que aquella pobre gente está devorando su miserable comida, se les antoja visitar la fábrica á tres señoritas burguesas, tontas y casquivanas como ellas solas, acompañadas del dueño de la fábrica y de su hijo, el clásico traidor de melodrama. A este grupo de visitantes no se les ocurre cosa mejor que enumerar los manjares con que van á regodearse. El contraste, como se ve, no puede ser más de brocha gorda. Y no es esto solo: después de haber recreado los oídos de los hambrientos obreros con la descripción de la succulenta comida, el dueño de la fábrica anuncia á los trabajadores que va á rebajarles el jornal. Hay que convenir en que estos burgueses, además de tunantes, son unos verdaderos tarugos.

Ante tan perversa como estúpida conducta, los mineros se alborotan, Cesárea pronuncia un discurso y los obreros arrojan palas, picas y azadones, diciéndoles al amo y á su hijo: «Trabajad vosotros.»

\* \*

En huelga ya los obreros, los dueños de la mina deciden substituirlos por *esquirols*. Éstos, protegidos por la tropa, están á punto de llegar á la galería de los hornos. Pero no han contado con las sorpresas que siempre surgen en los melodramas. La fábrica tiene una entrada secreta que conocen todos los mineros, pero que es ignorada del ingeniero y del amo, y por esa entrada secreta se cuelan los huelguistas, resueltos á rechazar á los *esquirols*. Los mineros, en efecto, expulsan de la mina á los nuevos trabajadores y destruyen los hornos, á pesar de las protestas de Daniel. Pero los *esquirols* sobrevienen auxiliados, por la tropa, los huelguistas apedrean á los soldados, y la tropa, á la voz de fuego que da el hijo del dueño de la fábrica, dispara sobre los mineros, que á su vez han hecho uso de sus pistolas. En la lucha resultan muertos los dos hijos de Daniel, Pablo y el sargento. El viejo se abraza á los cadáveres de sus hijos, y en tal momento Cesárea le descubre que su hija, la hija de Daniel, ha sido villanamente engañada por el señorito.

\* \*

Pasa tiempo; al anciano minero, que á causa de sus tremendas desgracias ha estado á las puertas de

la muerte, ya un tanto mejorado, pero sin fuerzas para el trabajo de los hornos, se le ha confiado la custodia del ascensor. En esta mina, como en el teatro, todo es convencional; los ascensores no funcionan de la manera que en las minas de verdad, por medio de potentes máquinas de vapor, sino por una ingeniosa maquinilla que Daniel maneja á su voluntad. El viejo arde en deseos de venganza; pero los oculta cuidadosamente bajo una apariencia de resignada servidumbre. Al fin, llega el día en que sus vengativos propósitos se realizan. ¿De qué modo? El dueño de la fábrica y su hijo han dispuesto dar un banquete á las señoritas de que se habla más arriba en las profundidades de la mina. Ya se ha dicho que los burgueses no tienen sentido común. Las tres muchachas y sus acompañantes se meten en la jaula del ascensor y descienden á lo hondo del pozo para darse el gusto de merendar allí entre el fango y á la luz de los candiles. No saben los pobrecitos ni sus insensatas compañeras lo que les espera. Daniel aguarda á que salgan; Cesárea se presenta y el viejo le dice: «¿Tú crees que voy yo á resignarme con mis infortunios? Te equivocas. En cuanto los burgueses, después de hartarse, lleguen á la boca del pozo, yo doy á cierto resorte que tiene la maquinilla del ascensor, y ¡cataplún!, á la eternidad con ellos.» A Cesárea le parece de perlas el proyecto y todo pasa conforme lo ha dispuesto Daniel. Cuando los expedicionarios vuelven riendo de su subterránea expedición, él pone en juego el resorte y los burgueses van á hacerse tortilla en el fondo de la mina.

\* \*

Este melodrama, en el cual se advierte la influencia de *Germinal*, carece de la grandeza que á pesar de lo sombrío de ella nos admira en la obra de Zola. La venganza de Daniel es un crimen monstruoso del que son víctimas tres pobres muchachas que serán todo lo cursi que se quiera, pero que al feroz viejo no le han hecho mal alguno. Las declamaciones en que abunda la obra son fatigosas y vulgares, más propias del *meeting* que del teatro; los caracteres carecen de verdadera humanidad, son fonógrafos impresionados con fragmentos de artículos de periódico. Los recursos teatrales; como la entrada secreta de la mina y la maquinilla del ascensor, son de todo punto inverosímiles.

El fondo del cuadro, las figuras secundarias y el ambiente en que los sucesos se desarrollan, perfectamente presentado por la dirección de escena, son lo mejor que tiene la obra.

\* \*

Tiempo hace que Ceferino Palencia dormía sobre sus laureles, conquistados con obras tan aplaudidas como *El guardián de la casa*, *Cariños que matan*, *Carrera de obstáculos*, *La Charra*, *Nieves* y tantas otras comedias de mérito reconocido y justamente ensalzadas. Ahora, con la titulada *Las alegres comadres*, ha demostrado elocuentemente que el descanso, lejos de enmohecer sus facultades artísticas, las ha añadido energía y vigor.

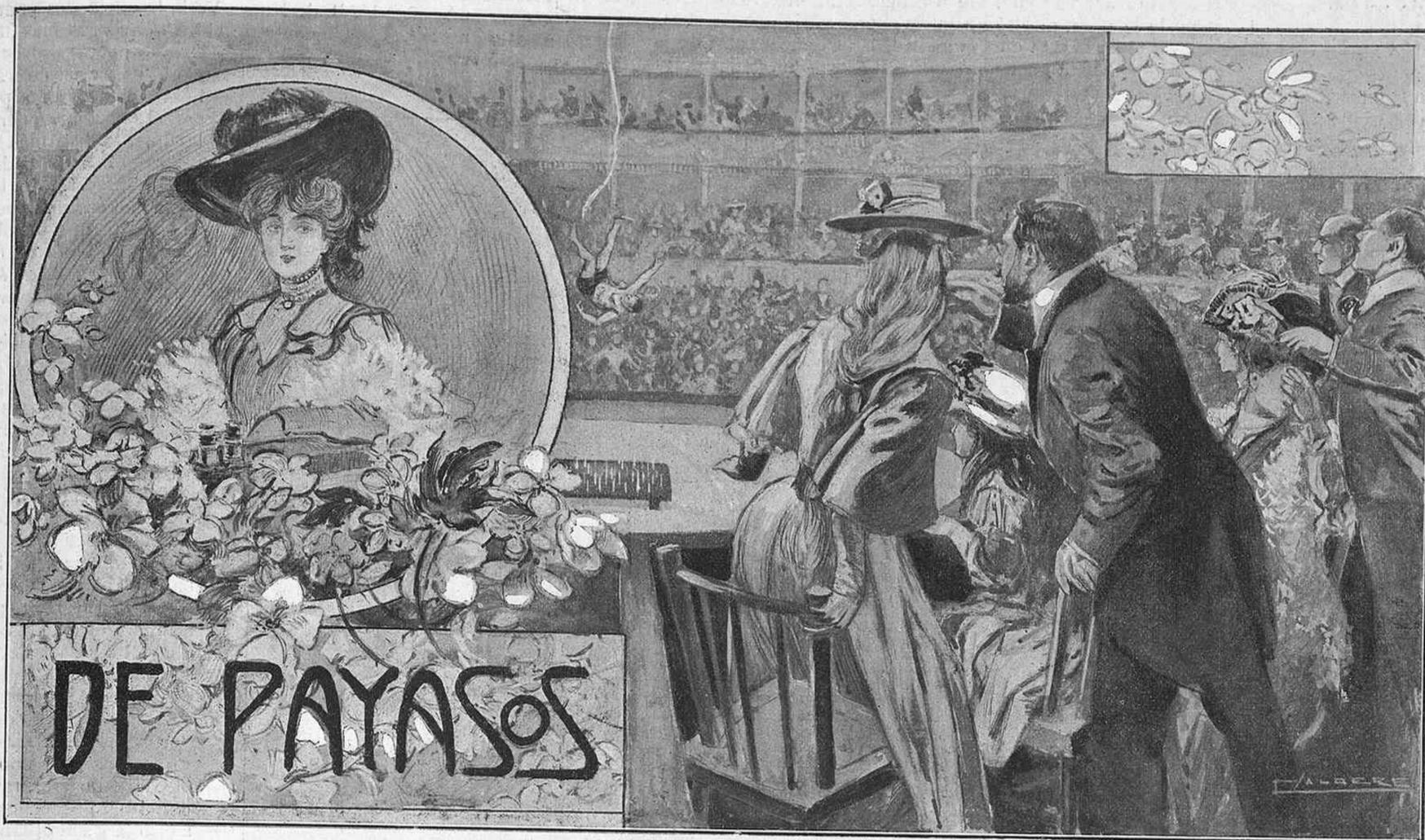
*Las alegres comadres* es una comedia en que se satirizan las costumbres de la alta sociedad. En ella abundan las frases felices, los epigramas intencionados, las burlas chistosas de vicios, errores y ridiculeces muy comunes entre la gente *come il faut*.

El núcleo de la obra lo constituye una intriga sencillísima. Mundeta, marquesa de los Molinos, está ya en el ocaso de su vida. Sin embargo, se resiste á envejecer: si su hija Bibí se casa, es de suponer que Mundeta será pronto abuela. Tal idea la subleva, y sin preocuparse de que su hija sufra, decide aplazar y si es posible deshacer la boda de Bibí con Pololo. Pero la madre de éste, la condesa de Arroyo Mayor, quiere que el matrimonio se efectúe. Las dos señoras, esto es, las dos alegres comadres, luchan por realizar cada cual su propósito. Al fin y á la postre el amor de los muchachos triunfa de todos los obstáculos, aunque con grave peligro de la reputación de Bibí, y la marquesa de los Molinos, acatando la lógica de la vida y la implacable tiranía del tiempo, se resigna á ser abuela.

*Las alegres comadres* está compuesta con verdadera habilidad técnica y escrita en lenguaje castizo. El diálogo es natural, vivo, nervioso y limpio de inoportunas declamaciones: los caracteres son humanos y los tipos que forman, por decirlo así, el coro, están pintados con gracia y revelan mucha y muy penetrante observación.

En resumen, la última obra de Palencia es una buena comedia que ha proporcionado á su autor un envidiable triunfo.

ZEDA.



El uno la agilidad, el otro la fuerza y ambos la gracia, eran los dos artistas más queridos del público, y sus excentricidades de clowns acrobáticos eran tan arriesgadas que casi más que ellas mismas maravillaban y sorprendían la indiferencia con que las ejecutaban los payasos.

Elerhs era inglés y, como los Hanlon-Lee, sabía desentrañar lo verdaderamente estético de su profesión, la tragedia, que palpitaba latente en cada una de sus payasadas gigantescas. Sentía gran afición hacia las bellas letras, y como buen británico, sabía su Shakespeare y su Byron casi de memoria. Wils en cambio era rumano y ni siquiera a su Carmen Silva conocía. Simbolizaba la fuerza, la superioridad física nada más, y todo su orgullo estaba largamente satisfecho cuando, después de levantar con facilidad asombrosa pesas de centenares de libras, mostraba a la concurrencia absorta su bíceps poderoso, que al flexionar el brazo, se recogía en sí mismo, como para mejor mostrar sus musculosidades recias.

Hacia mucho tiempo que por sucesivas coincidencias profesionales trabajaban recorriendo juntos triunfalmente las más importantes poblaciones, y a diferencia de los demás artistas, jamás habíase suscitado entre ellos rivalidad alguna que tuviese por origen la competencia en la ejecución de sus análogos trabajos. Y aquellos dos hombres ajenos a los sentimientos triviales, aquellos dos artistas en cuyas almas jamás habían germinado los celos de la profesión, eran ahora inconscientemente, sin saberlo, feroces enemigos. Elerhs hubiera puesto en juego todas las agresivas sagacidades de su astucia para aniquilar a quien le disputase lo que él aún tampoco poseía; y Wils, ¡oh!, Wils hubiera dejado caer su pesa de cien kilos sobre el cráneo de quien osara poner el deseo en aquella mujer, en la cual había él puesto el no sospechado cariño, dormido en el fondo de su sensibilidad exaltada y poderosa, como sus puños.

Los dos payasos habían puesto su amor en una mujer misma; y no era ésta ni la equilibrista griega de belleza maravillosa, ni la morena efesia de cabellos ensortijados como enroscadas serpientes de acero, ni la holandesa rubia que bailaba graciosa y ágilmente las danzas zingaras, haciendo destacar con las piruetas vertiginosas sus prominencias delicadas é incitantes, ni la hermosa argentina icarista y saltadora, ni la bonita jónica, ni la misteriosa israelita, ni la malabar abisínea, espléndidamente gallarda sobre las trompas juntas de diez elefantes, ni aun siquiera la egipcia, aquella egipcia soberana que al levantar los brazos para equilibrar el balancín al subirse en el alambre flojo, desarrollaba la línea suave de su cuerpo de diosa, que se adivinaba, desde las axilas, a través de la túnica azul, majestuoso, celestial eurít-

mico, ondulándose serenamente, y dejando como estela áurea, al deslizarse veloz por el filamento metálico, las crenchas abundosas de sus cabellos, que brillaban mardorados, sueltos y undivagos en el aire reposado y luminoso, cayendo al detenerse en cascada crepitante sobre sus hombros y su descote impúdico, cuya nacarina superficie, al jadear, se levantaba lentamente con movimientos isócronos.

Se habían enamorado tan idealmente como hubiera podido hacerlo un clown de Banville, y cuando Elerhs debutó, ya hacía tiempo que Wils estaba cautivo en la dolorosa alegría de aquel amor misterioso. Era el trabajo del payaso ágil un ejercicio arriesgado y emocionante. Después de una escena en la cual se hablaba de la competencia de dos empresarios de acróbatas, y de haber ejecutado uno el experimento previamente sujeto a la cintura y aun defendido por una red, objetaba el otro tener un artista que hacía aquello mismo, pero suelto, vendado, y colocando una tabla con punzantes hojas de acero en lugar de la red protectora; poníalo el otro en duda, y entonces salía él, de la mano de su ficticio empresario; saludaba con una genuflexión que, aunque quería parecer grotesca, no podía dejar de ser elegante, y por una cuerda se encaramaba hasta la cúspide altísima del circo, de la que pendía un largo cilindro de madera, bajo el cual, en el suelo, ponían los amenazantes puñales, mientras el público veía todo este terrorífico aparato en medio de un silencio embarazoso, lleno de ansiedad y temor. Tacteadando se asía del extremo fijo del madero, y en un momento, de pronto, dejándose deslizar, descendía velozmente... y al llegar al extremo quedaba sujeto por un alarde sobrehumano de cálculo y de pulso. Y cuando todo el mundo presentía verlo ya despedazado y entre los acerados filos, él se desanudaba la venda y saludaba con una sonrisa uniforme y pasmosa, mientras que la concurrencia, placentemente aterrorizada, estaba como recogida en sí misma, gozándose aún infamemente en aquella extraña y maquiavélica sensación de miedo.

Entonces, al quitarse la venda, fué cuando la conoció Elerhs. Vió su silueta alargarse sobre la barandilla del palco, y sus ojos de clorótica, negros y luminosos, agrándanse aún más, bajo el arco perfecto de las pestañas larguísimas, para enviarle una mirada intensa y excesiva de admiración.

Apenas si representaría diez y ocho años; lo que de su cuerpo grácil, impelido de una extraña, continua movilidad, se veía, era exiguo de carnes, pero de redondeces proporcionadas; en la cara pálida, de alargado óvalo y expresión inteligente, brillaban como los bordes de una herida los labios purpúreos, y el marfilino cuello, cuando á él se llevaba en uno de sus frecuentes movimientos que la acreditaban de

mujer nerviosa las manos, parecía adornado con el collar de sus brillantes y rosáceas uñas, que á él le pareció máspreciado collar que aquel magnífico cuyas perlas de lunar oriente palidecían de envidia al mirar la blancura incomparable del incomparable y soberano cuello de Astartea.

Poco tardó en saber que era una señorita aristócrata, abonada todos los jueves al palco en donde por primera vez la viera. Desde aquella noche las semanas le parecieron interminables; pero cuando llegaba el día, ¡oh!, entonces se crecía el payaso, y sus mejores piruetas, sus saltos más atrevidos, las flexiones más incomprensibles y peligrosas eran para que ella las viese y le enviara inconsciente, en pago, su mirada llena de admiración y de temor, prolongando sobre la barandilla del palco, en un movimiento irreflexivo de atención esforzada, el perfil gracioso de su figura interesante.

¡Oh! ¡Si él hubiera sospechado que su compañero Wils, el atleta grosero, se transfiguraba idealmente y guardaba también como él sus más valiosos ejercicios para consagrarlos en ofrenda de amor á la adorable figurina del palco 12!..

Fuó una noche, y á la sazón de ejecutar los dos payasos un trabajo combinado de doble trapecio. Wils, colgado por las corvas de uno, fijo, recibía á Elerhs, quien después de hacer ejercicios primorosos en el columpio largo y volante que tardaba casi un minuto en desarrollar su recorrido, se lanzaba, al terminar éste, al espacio, en el cual era recogido por los brazos musculosos y fuertes del atleta.

Comenzó el espectáculo. Wils veía desde su trapecio, frente á sí, el palco de ella, y sus ojos medio entornados por la concentración de la mirada daban un aspecto repulsivo á su rostro congestionado por la violencia de la posición. El columpio de Elerhs había comenzado á definir su trayectoria, y él, cuando ya estaba ésta más de mediada, después de una lucida serie de alardes gimnásticos, se puso en pie, y sin detenerse, sin casi necesitar aparente esfuerzo, por una flexión vigorosa de sus músculos inmensamente elásticos, se lanzó al aire en una voltereta triple, mientras el trapecio de Wils seguía matemáticamente su camino para coincidir con su tripulante en el punto de la caída y continuar juntos la aérea carrera. El concurso entusiasta, sugestionado, prorrumpió en un aplauso ruidoso, uniforme, y Wils, el que nunca había sentido envidia ni celos de los ajenos éxitos, al ver allá en el fondo del palco número 12 unas manecitas ducales que aplaudían—quién sabe si por involuntaria imitación,—se le nubló la vista, se le agarrotaron en crispación convulsiva los receptores brazos, y el cuerpo de Elerhs, al no ser por ellos recogido, describió con rapidez vertiginosa una

rama de parábola, cuyo viviente móvil policromo, después de rodar sobre la arena de la pista, mostró al público absorto un color nuevo; el de la cara ensangrentada.

Y en la oquedad cóncava del circo resonó un alarido de espanto, mientras el cuerpo del caído se revolvía convulsivamente con movimientos gemebundos... Fué una impresión tan brutal, tan honda, tan dolorosa, que las más de las damas abandonaron indispuestas el espectáculo.

Una conmoción, un magullamiento nada más, del que su cuerpo, ya á ellos avezado, se fortaleció bien pronto. Decididamente en aquella misma semana debutaría; pero había de ser el jueves, precisamente el jueves, en eso no estaba dispuesto á transigir.

Accedió el empresario y los carteles anunciaron con caracteres de gigantes en talla, y colores vivos, la reaparición de Frank John Elerhs, que se presentaría al público con su arriesgado experimento del madero cilíndrico: aquella noche resplandecía el circo como un ascua fulgente de oro.

Desde las lunetas hasta las graderías se elevaba un murmullo de impaciencia, y cuando después de la inocente farsa que precedía al experimento, salió Elerhs vendado, el público, por no interrumpir la representación, no prorrumió en la ovación simpática, que aun en el silencio se exteriorizaba por un ruido vago, como onda acariciadora, voluptuosamente agradable, semejante al sonsoneo de los felinos cuando están contentos.

Y subió por la cuerda, y se asió al extremo del madero y ejecutó el ejercicio, y estalló el aplauso, y se quitó la venda para dar las gracias... Entonces sucedió una cosa extraña y horrible.

Se le vió un momento concentrar la mirada en un punto determinado, palidecer, enrojecer de nuevo, desprenderse desde la altura.

Y el cuerpo del payaso cayó, casi despedazándose con su propio peso, sobre las aceradas hojas, mientras que una parte del público, menos clamoroso y más rápido y útilmente compasivo, se precipitó tumultuosamente á la pista, saltando, para conseguirlo, por el palco número 12, que estaba desierto.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

#### EL DUELO EN LOS ESTADOS UNIDOS

El duelo no ha entrado en las costumbres americanas, y si en algunas ocasiones todavía se busca en el desafío la manera de reparar una injuria ó de zanjar una cuestión grave, el hecho es cada vez más raro y antes de poco seguramente no se oirá hablar más de los llamados lances de honor. En la actualidad, en algunos Estados, las contiendas (*feuds*) entre individuos y familias dan lugar á asesinatos, como en Córcega y en Sicilia: la venganza arma el brazo de un hombre, el cual mata á su adversario. Últimamente hubo allí algunos *feuds* notables, en los que unos después de otros los miembros de dos familias

se asesinaban alternativamente y trababan entre sí batallas regulares sin que en ellas pudiese intervenir la policía. Un ex gobernador de Estado tenía ciertos resentimientos con un periodista; un día le encontró

Un día el conde D., considerándose ofendido por un señor M. B. de Nueva York, le envió dos padrinos; el M. B. le contestó: «M. B. envía sus más distinguidos saludos al conde D. y acepta su provocación. Las armas serán huevos y á cuarenta pasos; el lugar, cualquiera; la hora, la que más le plazca.» Y á los padrinos, desconcertados, les dijo: «No soy muy fuerte en el tiro de pistola, pero en mi juventud fuí un buen jugador de *baseball*, y si no me equivoco, dejaré á vuestro conde hecho una tortilla.»

En los Estados Unidos la gente organiza *trusts*, combinaciones financieras, agrupaciones para la lucha comercial, pero no se bate. La única aristocracia es la de los dólares y no tiene blasones que defender.

Sin embargo, ha habido allí algunos duelos célebres. En 1831, por ejemplo, el mayor Biddle y el diputado Pettis, separados por contiendas políticas, decidieron solventar sus cuestiones por medio de las armas. Profesábanse el uno al otro un odio feroz, tanto que el desafío se concertó á pistola y á la distancia de un metro y medio; ambos quedaron muertos.

En 1835, otro diputado, Mr. White, y el coronel Bellamy, presidente del Consejo legislativo, vinieron á las manos después de un debate político. Concertóse un duelo á muerte á pistola: los dos adversarios, colocados á veinte metros, habían de avanzar un paso á cada disparo; y como ambos eran buenos tiradores, sucedió lo que había de suceder, que los dos perecieron.

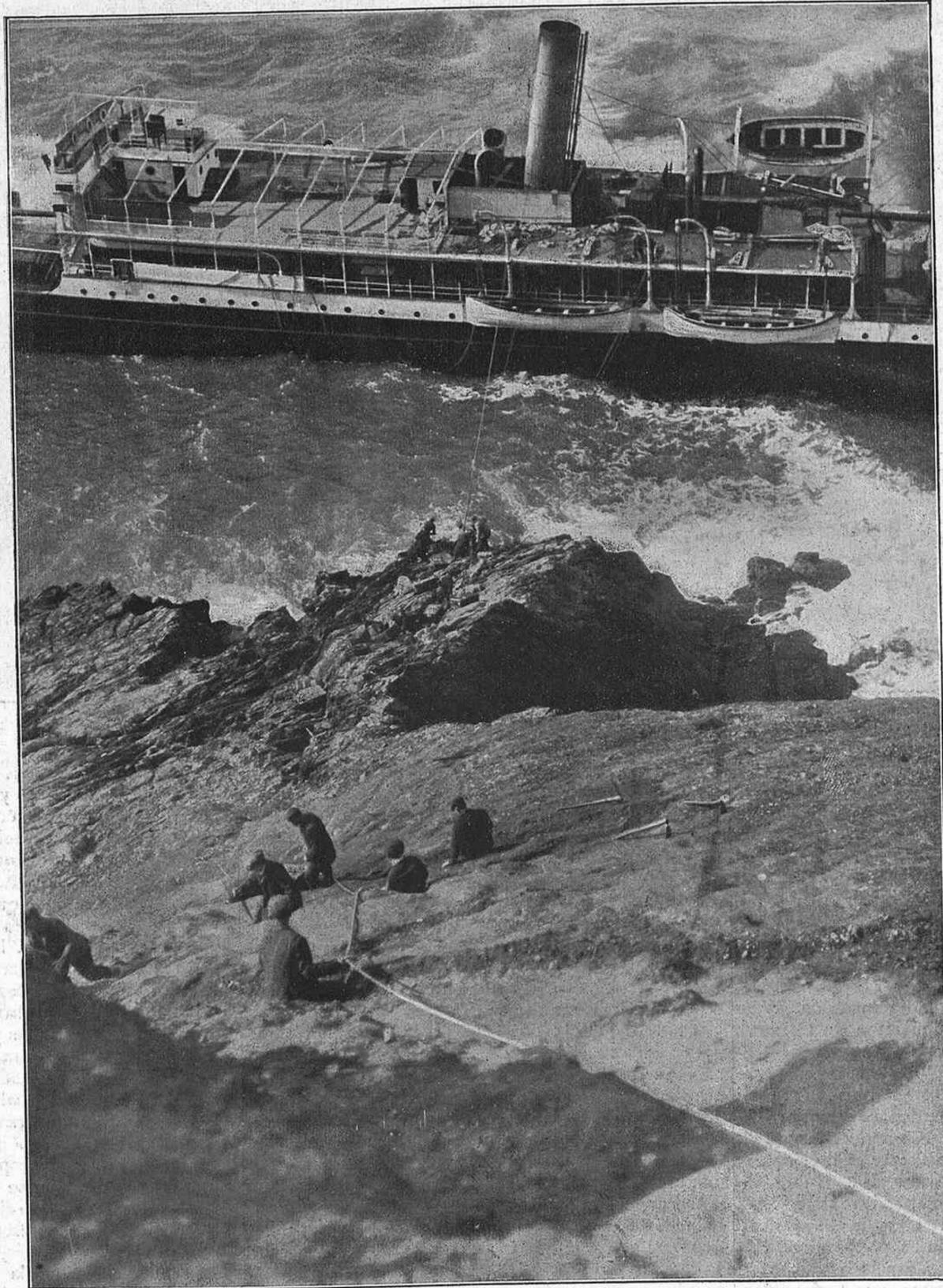
En 1838, dos diputados, Cilley y Graves, decidieron batirse y escogieron la carabina á veinte metros, debiendo disparar hasta que uno de los dos contendientes quedara fuera de combate; al tercer disparo murió Cilley.

Pero esos hechos pertenecen á otro tiempo.

Hoy el espíritu social ha cambiado y los duelos á la americana, de que todavía hablan de cuando en cuando los diarios, habrán pasado muy pronto á la historia.—E. D.

#### SALVAMENTO DE LOS TRIPULANTES DEL «JEBBA» EN BOLT TAIL, SALCOMBE

Gracias á un admirable trabajo de salvamento, todos los pasajeros y la tripulación del *Jebba*, de la línea «Elder Dempster», lograron ponerse en salvo. El barco encalló, al amanecer de la mañana del lunes, á causa de la densa niebla, en Ramillies Cove, cerca de Bolt Tail, escarpado promontorio que avanza hacia el mar en la costa de Devonshire, á 15 ó 16 millas al Este de Plymouth. El barco presentaba un costado hacia tierra y sobresalía 30 pies. Los guardacostas observaron las señales de alarma y pronto fijaron el buque, enviándole un cohete con una maroma, y luego un cable. Inmediatamente se pusieron en actividad las sillas de salvamento, y los pasajeros fueron halados á tierra y luego izados hasta ponerlos en salvo. A las ocho de la mañana los 190 pasajeros y la tripulación, incluso el gato y dos chimpancés, se hallaban en tierra. El capitán Mills fué el último en abandonar el buque, el cual, así como los efectos de los pasajeros, será muy difícil salvar.



Naufragio del vapor *Jebba*, que procedente de Sierra Leona encalló en Bolt Tail, á 16 millas de Plymouth (Inglaterra). Salvamento de los naufragos por medio de cables que les arrojaron desde tierra. (De fotografía de Halfstone.)

en la calle, y disparando sobre él su revólver, lo dejó muerto. Instruyósele proceso; pero fué absuelto.

La razón de que no haya allí desafíos obedece á varias causas: en primer lugar, se estima ahora la vida más que en el siglo pasado; en segundo, el único ideal de la vida ha llegado á ser el dinero; y finalmente, los yanquis no tienen tiempo para batirse. «Nos pisamos unos á otros los talones—dice un periodista norteamericano,—nos empujamos, sin disculparnos, y no pasa día, en nuestra agitada existencia, sin que ofendamos á alguien ó sin que seamos por alguien ofendidos, y sin embargo, no nos desafiamos.» Raras veces también se recurre al pugilato para lograr una reparación; hoy esa clase de lucha sólo se practica por dinero.

El mercantilismo ha matado la noción de la contienda por el honor. «Hacemos la guerra—dice el mismo escritor—con dólares, manufacturas y máquinas, no con sables y pistolas; no disparamos contra un rival en un duelo, sino que nos ponemos en competencia con él y le hacemos quebrar. Pegamos á un hombre con una hipoteca, no con un bastón; le obligamos á producir mercancías tan baratas como nosotros, y si no lo consigue, le hacemos desaparecer del mundo de los negocios.» En esto consiste hoy en día el duelo americano.



ONDINA, cuadro de A. Echter

## TOLÓN.—ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DEL ACORAZADO FRANCÉS «JENA»

Ni la elocuencia ni las flores han escaseado en el entierro de los marinos víctimas de la catástrofe del acorazado *Jena*, ni queremos suponer que les hayan faltado tampoco oraciones, á pesar del carácter laico que ha querido dar el gobierno de la vecina República á la fúnebre solemnidad, que se efectuó en Tolón el día 16 de marzo último. Comenzó ésta en la plaza de Armas de la ciudad contristada, ante una inmensa multitud silenciosa, que sólo pareció despertar un instante de su abatimiento al anunciar el toque de los clarines la llegada del presidente M. Fallières, á quien acompañaban el presidente del Consejo de ministros M. Clemenceau, el ministro de la Guerra general Picquart y los vicepresidentes del Senado y de la Cámara con numerosas comisiones de senadores y diputados.

En el ala oriental del vasto rectángulo que forma la plaza, veíanse, en cinco hileras, 105 féretros colocados sobre 25 furgones de artillería y cubiertos con banderas tricolores. En el ala Sur estaban los sobrevivientes del *Jena*; á su izquierda, todas las delegaciones, que eran numerosísimas, y más allá los ofi-

ciales de marina y de la guarnición que no estaban de servicio. En el ala Oeste habíanse agrupado las

conductores de los 105 cadáveres, las familias de las víctimas, y en pos de ellas las autoridades, con M.

Fallières á la cabeza. Por la calle de la Intendencia y el bulevar de Estrasburgo dirigióse la comitiva fúnebre al Arsenal, en donde la artillería tributó los honores de ordenanza. Alineados de nuevo los furgones, en tres hileras en lugar de cinco, la banda naval ejecutó la marcha fúnebre de Chopin, tras de la cual el presidente, en un hermoso y conmovedor discurso, manifestó el sentimiento unánime de la nación, declarando que el gobierno de la República no olvidaría ninguno de los grandes deberes que le imponen á la vez el dolor, la admiración y la humana solidaridad. A continuación hablaron M. Escartefigue, alcalde de Tolón; M. Ferrero, diputado; el almirante Touchard; M. Coulomb, vicepresidente del Consejo general, y finalmente el almirante Manceron.

Terminados los discursos, las delegaciones desfilaban por delante del presidente de la República, y el fúnebre cortejo siguió hasta su término, hasta dar el adiós postrero á las malogradas víctimas. ¡Descansen en paz!—R.



TOLÓN.—M. FALLIÈRES DANDO EL PÉSAME AL ALMIRANTE MANCERÓN, ACOMPAÑADO DE MM. CLEMENCEAU Y THOMSON. (De fotografía de M. Branger.)

innumerables coronas enviadas, con los portadores de ellas, y en el ala Norte formaban las tropas que no habían de figurar en el cortejo. Componían éste numerosa escolta, los portadores de coronas, los furgones

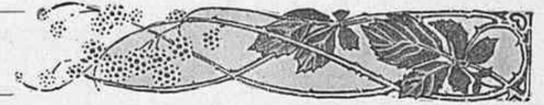
desfilaban por delante del presidente de la República, y el fúnebre cortejo siguió hasta su término, hasta dar el adiós postrero á las malogradas víctimas. ¡Descansen en paz!—R.



TOLÓN.—FUNERALES DE LAS VÍCTIMAS DEL «JENA.» DESFILE DEL CORTEJO FÚNEBRE. (De fotografía de M. Branger.)



LA PASCUA DE LOS JUDÍOS EN ROMA

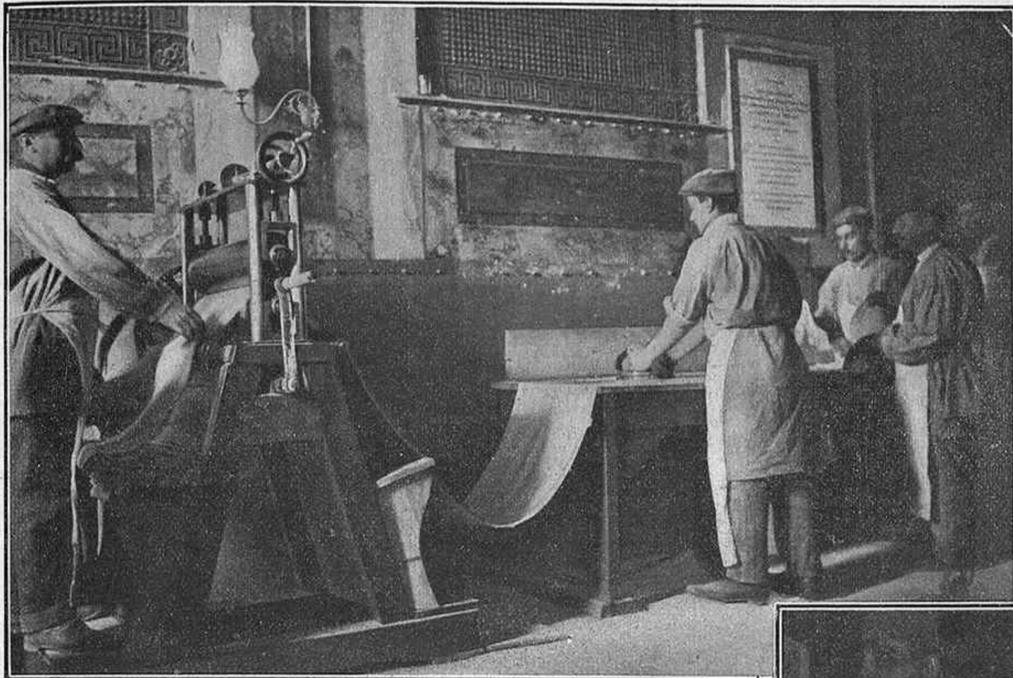


Desde el 15 al 22 del mes de Nissam del año 5667, es decir, desde el 30 de marzo último al 6 del presente abril, se habrá celebrado la Pascua de los 8.790.000 judíos diseminados en todos los ámbitos de la tierra.

A la misma hora, luego de puesto el sol, el pueblo de Israel, que, á pesar de llamarse «el elegido del Señor,» ha soportado y soporta tantas vicisitudes, conmemora, partiendo el primer pedazo de ese pan ázimo que come durante una semana, el día, ya lejano, de su liberación del yugo de los terribles Faraones, cuando, en la precipitación de la huída, no tuvo tiempo para dejar fermen-

más judíos, 7.121; siguen luego Turín con 2.828, Florencia con 2.776, Livorna con 2.487, Venecia con 2.474, Milán con 1.012 y otras con menor número.

En Roma, durante la dominación pontificia, los judíos habían de vivir en un barrio á orillas

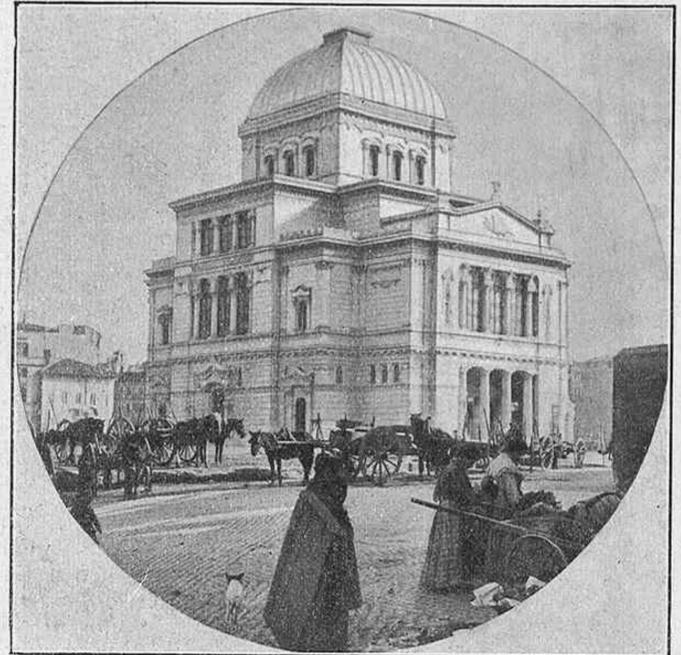


ROMA. — Elaboración del pan ázimo: tira de masa y moldeado de los panes

tar el pan. Miles de años han transcurrido, y aunque las condiciones de los judíos han variado en casi todas las naciones, todavía surge de cuando en cuando el Faraón implacable, ora acusando de traidor á la patria á un oficial, por el solo delito de ser judío, ora lanzando, en el corazón mismo de Europa, hordas de bárbaros modernos, sedientos de sangre, contra poblaciones pacíficas é inermes entre las cuales siembran la muerte y la desolación.

El número de judíos que hay en Europa es de 6.400.000, distribuidos del siguiente modo: en Alemania, 590.000; en Austria, 1.869.000; en Suiza, 8.000; en Holanda, 100.000; en Bélgica, 3.000; en el Luxemburgo, 1.000; en Dinamarca, 5.000; en Suecia y en Noruega, 3.500; en Inglaterra, 149.000; en Francia, 100.000; en España, 2.000; en Portugal, 1.500; en Italia, 41.000; en Grecia, 6.000; en Turquía, 376.000; en Serbia, 15.000; en Rumanía, 295.000, y en Rusia, Polonia y Finlandia, 2.835.000. En Asia, hay 800.000; en Africa, 660.000; en América, 900.000 (sólo Nueva York cuenta 450.000), y en Oceanía, 30.000.

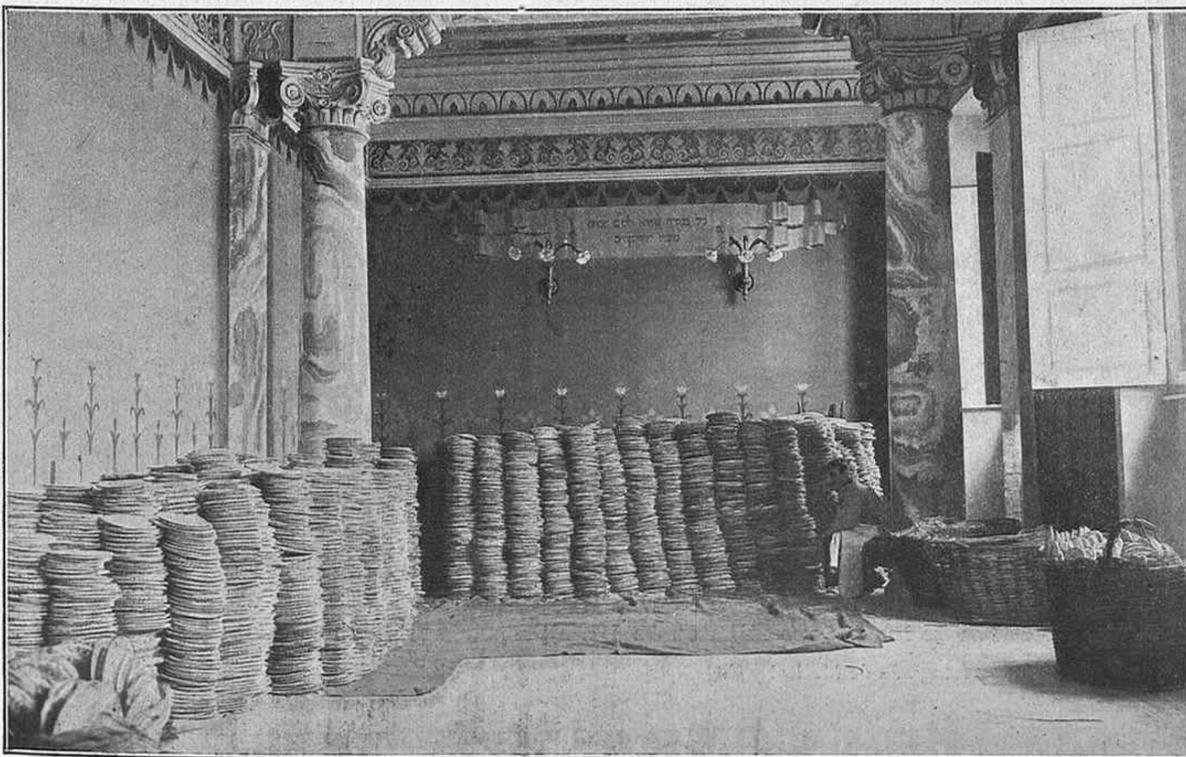
De todas las ciudades italianas, Roma es la en que habitan



ROMA. — Nuevo templo judío á orillas del Tíber en los límites del antiguo Ghetto



ROMA. — Horno donde se cuecen los panes ázimos



ROMA. — Depósito de panes ázimos en una sala del nuevo templo

del Tíber, que se denominaba el *Ghetto* y cuyas puertas se cerraban por la noche.

Hoy han desaparecido los últimos vestigios del *Ghetto*, y sus callejones infectos, sus viejas casuchas están transformados en amplias arterias y elegantes palacios, y si aún quedan en el mercado de trastos viejos de Campo de Fiori algunos ejemplares de los antiguos judíos, miserables en apariencia, pero en realidad más ricos de lo que se supone, hay también en todas las manifestaciones del trabajo y de la actividad humanos judíos que sobresalen. Cuando en Francia excitaba los ánimos el proceso Dreyfus, en Italia eran ministros dos judíos, de la Guerra el general José Ottolenghi y de Hacienda el Sr. Luzzatto. Otros israelitas ocupan elevados cargos en la política italiana: el senador Jacobo Malvano, director general en el ministerio de Negocios Extranjeros, dirige, desde hace un cuarto de siglo, la política italiana; el difunto senador Ascoli ha dejado un nombre venerado en el mundo científico; el senador D'Ancona, hoy alcalde de Pisa, es uno de los maestros de la literatura italiana; el honorable Barzilai preside la Asociación de la Prensa, etc.

Han pasado los tiempos en que un hombre de ingenio, preguntado sobre la diferencia que hay entre un israelita y un judío, pudo contestar:

—¡Un israelita! Pues no es más que un judío que tiene dinero.

CARLOS ABENIACAR.  
(Fotografías del autor.)

Roma, marzo 1907.



LAS PARCAS, cuadro de Claudio Dalbanne (23.º Salón de los Independientes de París); reproducción autorizada por el autor.  
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



EN LA FERIA, cuadro de José Navarro. (Salón Miralles.)

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE DE BATTENBERG EN BARCELONA

(Véanse los grabados de la página 217.)

El príncipe de Battenberg, hermano de S. M. la reina Victoria, ha permanecido algunas horas en esta ciudad, adonde llegó en la mañana del 22 de marzo último á bordo del transatlántico *León XIII*, procedente de Cádiz. Acompañado del gobernador y del alcalde, S. A. visitó la Catedral, la Casa Consistorial, el patio de la Audiencia y la Lonja; después recorrió en automóvil los alrededores de nuestra capital, y en la hermosa quinta que los Sres. de Arnús poseen en el Tibidabo fué obsequiado con un te y presencié una partida de *lawn-tennis*.

Por la noche celebró en su honor un banquete en el palacio de los Sres. marqueses de Comillas, y á la tarde siguiente salió el ilustre viajero con rumbo á Marsella y Génova, muy complacido de su estancia en Barcelona.

PLANCHA CONMEMORATIVA DE LA EXPEDICIÓN

ANDRÉ

Conocida es la desgraciada suerte de la expedición André, el osado explorador que en 11 de julio de 1897 partió en el globo *Oernon* de la isla de los Daneses, en Spitzberg, acompañado de Strindberg y Frankel, en dirección al polo. Desde entonces, nada se ha sabido de los aeronautas, que debieron perecer en los inmensos desiertos polares, quizás muy cerca del objetivo por alcanzar el cual hicieron el sacrificio de sus vidas.

Para conmemorar esa expedición, la Sociedad de Geografía y Antropología de Estokolmo ha hecho modelar la plancha que adjunta reproducimos.

BUENOS AIRES

MEDALLA-PLAQUETA ACUÑADA EN MEMORIA DEL GENERAL

MITRE

Al cumplirse un año de la muerte del ilustre patricio general Bartolomé Mitre, uno de los argentinos más entusiastas admiradores de aquel gran hombre y de los que mayores iniciativas han demostrado para rendirle los debidos homenajes, D. Juan Canter, ha hecho acuñar una medalla-plaqueta para ser profusamente distribuída entre sus compatriotas. En el anverso se ve al general, tal como era en sus últimos tiempos; en el reverso, entre dos ramas de laurel unidas por una cinta en que está la dedicatoria, se ven la fecha del nacimiento y la del fallecimiento de Mitre, y al pie el nombre de Juan Canter y la fecha de 1907.

La medalla es una bellísima obra de arte que honra á los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires, en cuyos talleres ha sido acuñada.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

*Ondina*, cuadro de Adolfo Echler. — Tal vez para muchos no responda esta figura al concepto que se tienen formado de las acuáticas ninfas que, según la leyenda, atraen al fondo de los mares á los donceles que se dejan cautivar por sus encantos. Y es que el famoso artista muniquense ha hecho á las modernas tendencias las concesiones que la época requiere y ha sa-

cultores, que la han tratado de diversos modos. El notable pintor francés Dalbanne la ha tomado también como asunto para el cuadro que presentó en el último Salón de los Independientes de París, y preciso es reconocer que, aun dentro de

También conquistó muchos aplausos la pianista señorita Aznar en el concierto que dió en la Sala Estela y en el cual ejecutó piezas de Bach, Mozart, Mendelssohn, Schubert, Chopin, Debussy, Karganoff y Saint-Saens.

PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le dieu Terme*, comedia en un acto y en verso de Gabriel Nigond, y *La maison d'argile*, comedia en tres actos de Emilio Fabre; en Vaudeville *Les jacobines*, comedia en cuatro actos de Abel Hermants, y *Le ruisseau*, comedia en tres actos de Pedro Wolf; en Capucines *Le grain de sel*, comedia en dos actos de Miguel Provins, y *A la Baguette*, fantasía revista de Jorge y Pablo Briguet; en la Gaité *Les hirondelles*, opereta en tres actos de Mauricio Ordonneau, música de Enrique Hirschmann; en el Odeón *La faute de l'abbé Mouret*, comedia en cuatro actos y doce cuadros tomada de la novela del mismo título de Zola, por Alfredo Bruneau, y *Florisse*, comedia en verso de Teodoro de Banville; en el teatro Rejane *Paris-New-York*, comedia en tres actos de Francisco de Croisset y Manuel Arene; en Nouveautés *La puce á l'oreille*, vaudeville en tres actos de Jorge Feydeau; en Varietés *La revue du centenaire*, revista de gran espectáculo en tres actos y diez cuadros de Pablo Gavault, P. L. Flers y Eugenio Heros; en el Palais Royal *Vive l'amour!*, vaudeville en tres actos de Albin Valabregue y Wulfram Canaple; en Cluny *Bouffe-la-Route*, vaudeville en tres actos de Xanrof y Kraatz; en el teatro de l'Oeuvre *Petit-Jean*, comedia en cinco actos de Buysieux y Max; y en Folies Dramatiques *Le coup de Jarnac*, vaudeville en tres actos de E. de Gorsse y Mauricio de Marsan.

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón Esteve y Figueras, sucesores de Hoyos*. — Han expuesto últimamente en ese salón: el Sr. Anglada una serie de dibujos de carbón, muy bien ejecutados, y el Sr. Brull varios cuadros, de paisaje y figura, llenos de poesía y pintados con la delicadeza que es característica de su autor.

GINEBRA. — Se ha descubierto en Ginebra un precioso cuadro de Murillo que representa á San Francisco de Paula y fué pintado en 1669. Esa obra, que formaba parte de la herencia de un ciudadano ginebrino, fué vendida recientemente por unos pocos francos; después de limpiada la tela, se ha visto todo su mérito y hoy se estima en 200.000 francos su valor.



PLANCHA QUE EN MEMORIA DE LA EXPEDICIÓN ANDRÉ AL POLO NORTE HA HECHO MODELAR LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y ANTROPOLOGÍA DE ESTOKOLMO. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

lo gastado del tema, ha sabido encontrar una forma nueva, así en la composición en general, como en la manera de presentar á las tres hermanas á cuya acción estaban sometidos, según los antiguos, los destinos del hombre desde su nacimiento hasta su muerte.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se

han estrenado con buen éxito: en Romea *La quitxalla*, juguete en un acto de Alfredo Pallardó; y en el Eldorado *Triple-patte*, comedia en cinco actos de Tristán Bernard y Alfredo Godfernaux, traducida al castellano por G. Martínez Sierra, y *Los buhos*, comedia en tres actos, y *Abuela y nieta*, diálogo, ambas obras originales de Joaquín Dicenta.

En el Liceo ha dado otro concierto la Asociación Musical de Barcelona, que bajo la inteligente dirección del Sr. Lamothé de Grignón ejecutó con mucho acierto *El mar*, poema sinfónico de Gilson, y *Psiquis*, poema sinfónico vocal de Frank, este último con la cooperación del «Orfeo Barcelonés.»

En el Principal se han efectuado tres conciertos: uno el «Orfeo Catalá» que estrenó un motete de Roland de Lassus y una *Cantiga* del Rey Sabio arreglada por Pedrell, y cantó varias obras de Bach, Millet, Sancho Marraco, Guibert, Alfonso y Nicolau, y los otros dos la Orquesta Sinfónica Barcelonesa, que admirablemente dirigida por el maestro Lassalle tocó la *Sinfonía en re menor* de César Frank, la *Obertura romántica* de Thuille, los *Preludios* de Liszt, la trilogía *Wallenstein* de Vincent d'Indy, la *Sinfonía en sol menor* de Mozart, la *Sinfonía romántica* de Bruckner y *El cazador maldito* de César Frank.

El concierto que, también en el Principal, ha dado Malats ha sido un nuevo triunfo para este eminente pianista. Componían el programa obras de Beethoven, Chopin, Schubert-Taussig, Debussy, Brahms y Albéniz, y cuanto dijéramos acerca de la maestría con que fueron ejecutadas y del entusiasmo con que fueron aplaudidas sería poco al lado de la realidad. Compartió las ovaciones con Malats el no menos eminente pianista y compositor Sr. Albéniz, autor de dos bellísimas piezas que figuraban en el programa.

En el propio teatro han dado dos conciertos de piano las señoritas Sicard y Forés, habiendo ejecutado la primera obras de Saint-Saens, Beethoven, Chopin, Schubert, Mendelssohn-Liszt, Sauer y Liszt, y la segunda obras de Beethoven, Schubert, Liszt, Schumann, Scarlatti-Taussig, Chopin y Saint-Saens. Una y otra fueron muy aplaudidas.



BUENOS AIRES. — Medalla-plaqueta conmemorativa del primer aniversario de la muerte del general BARTOLOMÉ MITRE, acuñada en los talleres de Bellagamba y Rossi.

crificado algo del idealismo en que todo lo místico venía antes envuelto, en aras del realismo de buena ley que permite materializar lo que en otro tiempo sólo admitía ser tratado de una manera puramente imaginaria.

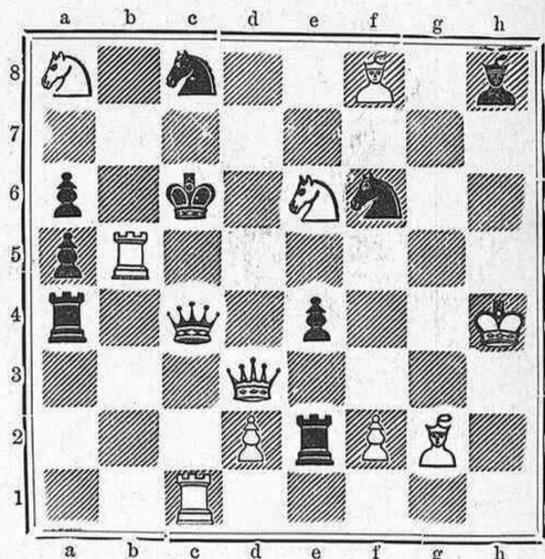
*En la feria*, cuadro de José Navarro. — Una página simpática, un cuadro de costumbres, lleno de animación y vida, ha producido el pintor valenciano Sr. Navarro, quien en esta obra sigue las huellas del malogrado artista reusense Baldomero Galofre, que tantos aplausos alcanzó con sus escenas y cuadros españoles. En la obra á que nos referimos, merecen mencionarse, además de cuantos pormenores puedan recordar el abigarrado y movedido conjunto de una feria, los efectos luminosos que contribuyen á destacar las figuras, dándoles extraordinario relieve.

*Las Parcas*, cuadro de Claudio Dalbanne. — La leyenda de las Parcas, sabido conocida para que hayamos de explicarla, ha inspirado desde muy antiguo á los artistas, pintores y es-

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 457, POR V. MARÍN.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 456, POR V. MARÍN.

- |            |              |
|------------|--------------|
| Blancas.   | Negras.      |
| 1. Af6-g7  | 1. Rd6xe7    |
| 2. Ce6-d8  | 2. Re7xd8 d6 |
| 3. A mate. |              |

BOUQUET FARNESE VIOLET 20, B<sup>o</sup> des Italiens.



Juan le besó la mano

## EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

Hizo una breve pausa el locuaz naturalista, y después continuó diciendo:

—Consideramos el universo como si fuese un comedor. El hábito y la utilidad han amortiguado nuestras sensaciones. Y hay que tener en cuenta que el universo es verdaderamente delicado, variado y agradable. ¡Ah, señora, qué diferencia entre nosotros y los jardineros chinos!

—¿Los jardineros chinos?

—Sí, los jardineros chinos. ¿Sabe usted algunos de los nombres encantadores con que han bautizado a las flores?

—¿Cómo quiere usted que los sepa?

—Son nombres que resumen las múltiples bellezas de la tierra. Por ejemplo: *El agua que duerme a la luz de la luna, el sol en el bosque, el primer deseo de la virgen acostada*, y sobre todo este que le recomiendo: *La joven que ofrece sus pechos*.

Con indulgencia, pero casi asustada, la señora Guibert sonreía ante aquella inofensiva locura y trató de dar otro giro a la conversación:

—¿Y a su sobrino Juan qué le pasa? Hace unos cuantos días que no le vemos; parece que nos quiere abandonar.

Ella presentía el objeto de aquella visita. El señor Loigny no era amigo de visiteos; vivía en su jardín dedicado exclusivamente a su cultivo y prefería la compañía de las plantas a la de los hombres. Para obligarle a cambiar sus costumbres era preciso algún importante acontecimiento, y éste no podía ser sino una petición de matrimonio. Toda emocionada pensaba en Paula, entonces ausente, que encontraría la dicha al regresar.

Pero el raro coleccionista de rosales no se daba

prisa alguna en cumplir su misión. Había conseguido sacar la rosa del jarro que la contenía.

—Juan se encuentra muy bien, dijo negligentemente.

Y añadió en seguida:

—Sí, esta especie es completamente desconocida en Francia. Yo la catalogaré. ¿Me permite usted llevarme este ejemplar?

—Con mucho gusto, dijo cortésmente la señora Guibert, que temiendo haberse equivocado temblaba por su dulce esperanza.

—Un millón de gracias, señora. Corro a casa antes de que se marchite.

En el umbral de la puerta el anciano se detuvo, y con tono misterioso que hizo estremecer a la pobre mujer dijo:

—Quiero confiarle un secreto... Por una serie de ingeniosos injertos he conseguido producir una nueva rosa. Ya la verá usted. Aún no tiene nombre. Le pondré el nombre de su hija de usted. Mi sobrino tendrá en ello un placer inmenso. La llamaré *Madame Paula Berlier*.

Y sin haber hablado de su misión más que con estas extrañas palabras, se retiró con la flor en la mano y sin apartar de ella la vista.

La señora Guibert, al verle alejarse, no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Pobre hombre! Se ha olvidado de todo por una rosa.

Juan, que iba al encuentro de su tío, había llegado hasta el bosque de encinas que se extiende a lo largo del camino de Vimines. Oyó el ruido de las ruedas rozando con el freno, y pronto vió el coche a través de los árboles. Impaciente se precipitó hacia él.

—¿Qué?

El Sr. Loigny enseñó la rosa con un aire triunfador que tranquilizó al joven.

—Mira; una rosa que faltaba a mi colección.

—¿Qué me importa a mí!, dijo Juan con tono brusco. ¿Acepta? ¿Sí ó no?

El vejete dejó caer la rosa que con tanto cuidado llevaba, y cogiéndose la cabeza entre las manos exclamó:

—¡Dios mío! Estoy loco, estoy loco de atar. Me he olvidado de pedir su mano.

Juan le miró con lástima.

—¿Se ha olvidado usted?

—Ahora en seguida vuelvo allá, dijo el señor Loigny.

—No, iré yo mismo. Vaya usted a buscar sus flores, que adormecen su memoria.

Y siguió hacia el Maupas.

El anciano le acompañó con los ojos hasta la vuelta del camino. Después se secó el rostro, hizo seña al cochero de que siguiera marchando, y por primera vez en su vida entró triste en la villa de los Rosales.

Juan encontró a la señora Guibert en el jardín del Maupas. Al verle sonrióle con dulzura y temor. Él sintió calmarse su corazón al verla.

—Buenas tardes, Juan. Su tío de usted ha venido a visitarme. ¿Lo sabía usted?

—Sí, señora. Traía una misión en la que fundo mi futura dicha y se ha olvidado de ella. Para él, es un olvido de poca importancia.

—No se enfade usted con él. El pobre hombre vive entre sueños y sus sueños son floridos.

Y con gracia llena de timidez cogió una mano del joven y dijo:

—Pero puede usted estar tranquilo, yo entiendo el lenguaje de las flores.

Sentáronse junto a la mesa de pizarra, bajo los árboles. Juan le besó la mano. Se habían comprendido.

—¿De modo que ya sabe usted que la amo?, dijo el joven emocionado.

Y con voz más segura añadió:

—¿Cómo es posible no quererla?

—Es digna de su amor, Juan, contestó la madre de Paula, que pensaba en el porvenir.

—Yo creo que siempre la he querido. Sólo que no me daba cuenta de ello. Cuando uno es joven no distingue claramente su verdadero destino... Yo la quiero mucho y para siempre.

—Sí, replicó gravemente la señora Guibert. Antes de unirse con juramentos eternos es preciso estar seguro de sí mismo. Yo tengo confianza en usted.

—En Paula veo el valor y altivez de Marcelo. Además, ¡es tan guapa! ¡Cómo daré gracias a la suerte si consigo que me quiera!

—A Dios es a quien debe usted dar gracias. Sólo de Él nos viene toda energía. Sí, Paula es digna de admiración. Aunque sea su madre puedo decirlo con orgullo. Se la entregaré a usted con alegría. ¿Acaso no le he considerado siempre como a uno de mis hijos? ¿No ha sido usted un hermano para mi Marcelo?

—¡Oh! ¡Cuánto agradezco sus palabras! Pero ¿y ella?

—No se preocupe usted. Yo creo que Paula aceptará. Sin embargo, quiero que usted mismo se lo pregunte... ¿Supongo que habrá usted pensado seriamente en el hogar futuro? Ya sabe usted que nosotros no somos ricos. Mi hijo Esteban y yo cederemos a Paula, si consiente en ser su esposa, las rentas del Maupas. Son muy cortas desde que las viñas han sido arrancadas. Pero no podemos hacer más.

La pobre madre lo daba todo y aún se excusaba.

—No, señora, dijo Juan.

—Déjeme usted a mí. Yo necesito muy poco para vivir. Esteban, que puede hacerlo, me ha señalado una pensión que a pesar de mis instancias no ha querido reducir. Y ustedes tienen que pensar en la familia futura.

—Pero, señora, ¿qué más tesoro que el corazón excelente de Paula? No crea usted que yo acepte su ofrecimiento generoso. Ya he pensado en nuestro porvenir. Esteban necesita quien le ayude en el Tonkín. En todas sus cartas reclama un nuevo socio para la explotación de sus vastas empresas. Pues bien, yo le ofreceré mis servicios. En Argelia ya me interesaba en las explotaciones agrícolas. Marcharé al Tonkín. Ya le escribí el mes pasado.

—¿Y se llevará a su esposa!

En aquel momento Juan miraba hacia la escalinata, en donde había aparecido Paula. Así es que no vio dos lágrimas brotar de los ojos de la señora Guibert. Cuando se volvió hacia ella, estaba ya pronta al nuevo sacrificio que Dios le exigía, y con voz firme dijo:

—¡Que Dios bendiga sus proyectos! Ahí viene Paula. Ha vivido demasiado tiempo en la soledad y la pena. Tiene necesidad de ser dichosa. ¡Con su amor lo será! Recobraré la juventud que había ido olvidando. Juan, le autorizo para declararle su amor.

Y añadió muy bajo, porque Paula se acercaba, tan bajo que Juan no lo oyó:

—Le entrego a usted el último y más querido de mis hijos.

Paula atravesó el patio y se unió con ellos a la sombra de los castaños. Algo rígida en su traje de luto, saludó al joven, que se había levantado saliendo a su encuentro. Un ligero rubor avivó el color de sus mejillas, mientras sus ojos sombríos se llenaban de luz. Besó a su madre.

—Vengo de la granja. Mañana nos traerán huevos y manteca.

La señora Guibert les envolvió a los dos con su mirada maternal. Se levantó del sillón de juncos en donde estaba sentada.

—Voy allá dentro a ver cómo está la comida. Usted me dispensará, Juan. Hace una tarde muy hermosa. Tú no has salido en todo el día, Paula. Debían dar un paseo antes de que se ponga el sol. Vayan ustedes hasta el bosque de Montcharvin. Volved pronto, hijos míos.

Conmovida, no había podido menos de llamarles *hijos míos*. Vió cómo se iban alejando uno junto a otro y lentamente por la avenida de castaños.

«¡Qué alta es!—pensaba.—Él, a pesar de ser un buen mozo, sólo le lleva la frente. ¡Qué buena pareja!»

Ellos desaparecieron entre los árboles. Poco a poco, sintiendo un gran peso en su corazón, la anciana entró en la casa, y preparándose al sacrificio supremo repetía:

—¡Paulita, Paula querida, no te veré más!.. ¡Que seas dichosa! Bien te lo has ganado con tu piedad filial. ¡Que seas dichosa! Esto es lo único que pediré a Dios...

Más allá del camino de Vimines, un sendero, separado por una cortina de álamos de las abruptas orillas del Forezan, conduce a la granja de Montcharvin contorneando unos prados. Paula y Juan le siguieron. La joven marchaba delante.

—Lleguemos hasta el bosque de fresnos. Desde allí y a través de los árboles veremos los reflejos del sol poniente sobre las montañas.

El se paró.

—¿Quiere usted que nos quedemos aquí?

Y le indicaba el tronco de árbol tumbado en el suelo sirviendo de banco. Desde su último paseo con Marcelo no había vuelto a sentarse en aquel sitio. Entregada a aquel recuerdo, dudó un momento. No se imaginaba lo que Juan iba a decirle. Poco acostumbrada a ocuparse de su persona, resignada a su destino, no soñaba en el amor ni en el matrimonio. Creía haber ahogado para siempre antiguos sentimientos que le habían hecho sufrir mucho y guardaba celosamente su desdenado corazón. Consintió en sentarse. Durante un instante, sentados uno junto al otro, permanecieron callados.

El sol habíase ocultado tras de las próximas montañas. A su alrededor sentían la paz del crepúsculo extenderse sobre los campos, cual aparición sagrada y misteriosa. A sus pies, los trigos maduros ondulaban a la suave brisa, cual olas ligeras que mueren lentamente en la playa. Más lejos, los bosques con sus árboles frondosos se dormían en una serena majestad. Y cerca del horizonte, los acantilados del Revard, orgullosos de contemplar aún la luz del sol, brillaban con el esplendor de sus tintas rosas y violetas.

La calma de la naturaleza aumentaba, con un feliz

presagio, la emoción de Juan. Miró a su compañera sentada a su lado, y sintió la dicha de lo que iba a decirle, pues vió en ella, una vez más, la gracia de la juventud y la alizez de una raza.

Ella recordaba con aguda precisión las cariñosas palabras que Marcelo le dijo, en aquel mismo sitio, la tarde de su partida. Paula—decía aquella voz desaparecida para siempre—*no te preocupes, llegará un día en que serás feliz*. Desde el regreso de Juan, aceptaba la vida sin amarguras y sin desfallecimientos. Encontraba en la vida una especie de dicha estoica en que complacerse después de tantos disgustos. ¿Era esta la felicidad a que se refería Marcelo? En la paz de aquel presente momento, nacía en ella el vago deseo de otra felicidad. Y sin embargo, no sospechaba que había llegado la hora de la dicha.

Juan se decidió.

—He contado a su madre mis proyectos para el porvenir.

Ella fijó en él sus ojos sombríos.

—¿Ha terminado su licencia? ¿Va usted a marcharse otra vez?

—No puedo volver al regimiento.

Extrañada, esperó una explicación.

—Voy a pedir el retiro.

Los ojos de la joven centellearon.

—¿Usted, Juan, retirarse? ¡Esto está muy mal hecho! Aún no tiene usted treinta años, ha sido condecorado y quiere abandonar la carrera! ¿Qué hubiese dicho Marcelo?

—Marcelo aprobaría mi resolución. Pienso dedicarme al servicio de Francia de otra manera no menos útil. De soldado pasaré a ser colonizador. He escrito a su hermano Esteban, que como usted sabe no puede abarcar sus empresas del Tonkín, y pienso reunirme con él.

—¡Ah!, exclamó. ¡Qué alegría tendrán, sabiendo la amistad que le unia con Marcelo! Usted les hablará de él, como nos ha hablado a nosotras. Verá usted a mis sobrinitos. Les conocerá antes que yo.

La sombra cubría toda la llanura y empezaba a subir la pendiente de las montañas. Sobre el lago de Bourget, a lo lejos, flotaba una niebla violeta que se mezclaba poco a poco con el cielo rosa y oro. Y la paz del crepúsculo descendía sobre las cosas inmóviles como una bendición. Juan se levantó, quedando de pie delante de la joven.

—Sus hermanos se alegrarán mucho más cuando conozcan otro proyecto que acaricio.

Y bajando los ojos hacia el suelo añadió dulcemente:

—Es un proyecto para mí muy querido. También lo sabe su madre.

Él la miró y vió con sorpresa que no sospechaba nada. Admiró aquel olvido de su propia persona, y con una gravedad y ternura profundas pronunció las palabras decisivas:

—Paula, la adoro. ¿Quiere usted ser mi esposa y acompañarme al Tonkín?

Sin poder hablar, se puso en pie mortalmente pálida. Su pecho oprimido revelaba la agitación de su corazón. Sin embargo, permanecía callada.

Él siguió diciendo:

—Yo la amo, Paula. ¿No lo sabía? ¿No lo había adivinado? Al regresar de Argel la he encontrado tan valiente y tan hermosa... Sí, no proteste usted. Durante la expedición por el Sahara, me acuerdo que muchas veces Marcelo me dijo hablando de ustedes que usted era el sostén de su madre. En pleno desierto, cuando buscaba para excitar mi energía alguna imagen capaz de inspirar ánimo y valor, pensaba en usted. Comprendo que siempre la he querido, desde que éramos niños y me reía de sus largos cabellos negros. Mi felicidad está en sus manos, Paula. ¿Querrá usted hacerme feliz?

Ella no contestaba. Estaba tan pálida que parecía no correr sangre alguna por sus venas. Él tomó una de sus manos y ella no la retiró; esperaba confiado, tranquilo, con el corazón lleno de esperanza.

Ella miraba, sin verlos, los tranquilos campos. Las cumbres del Revard dejaron de reflejar el sol. Toda la naturaleza quedó cubierta de sombra, precursora del sueño.

¿No era aquella la felicidad que Marcelo le había profetizado, en aquel mismo sitio, al caer la tarde de un día igualmente sereno?..

Ella seguía callándose. Juan empezó a sentir una angustia infinita. Con voz alterada repitió por tercera vez:

—Paula, yo la amo. ¿Por qué se calla? Conteste, conteste usted por Dios.

Dulcemente, la joven desprendió su mano de entre las de Juan.

—¡No, no! ¡No puedo!, exclamó.

Y los sollozos la ahogaron, y se marchó corriendo hacia su casa.

Entonces él sintió que la noche entraba en su corazón. Despreció la vida que había adorado y envidió a Marcelo, que dormía allá lejos, en Africa; a Marcelo, a quien la paz eterna envolvía.

## VIII

## LA SEÑORA GUIBERT

La señora Guibert esperaba sobre la escalinata el regreso de sus hijos. Apoyaba los brazos en la balaustrada de hierro; con una mano sostenía un rosario, mientras sus labios repetían las santas oraciones. Una paz profunda, semejante a la que al caer de la tarde de los días hermosos se extiende sobre los campos, se reflejaba en su rostro por el cual habían corrido las lágrimas. Algunas rosas sobresaliendo entre las hojas de las glicinas de racimos ya marchitos, estremecíanse al soplo de la brisa que deshojaba sus pétalos y les robaba su perfume.

Vió venir a Paula desesperada y sollozante, y trató en vano de detenerla presuntándole al pasar:

—Paula, ¿qué te pasa?..

La joven pasó sin contestar, marchándose hacia su alcoba.

La señora Guibert dió unos cuantos pasos en su seguimiento; pero después lo pensó mejor y se paró. Se cubrió las espaldas con un chal, bajó la escalinata, y con sus pasos inseguros que apresuraba todo lo posible salió a la avenida, colocándose junto a la verja que daba sobre el camino.

«No ha debido pasar aún—pensó.—Paula ha venido corriendo.»

A la luz del crepúsculo interrogó el camino desierto. A su alrededor sólo oía la queja estridente e ininterrumpida de las cigarras, y de cuando en cuando el ruido de las hojas secas de los castaños arremolinadas por el viento.

Después de algunos momentos de inquietud distinguió la silueta del joven por el sendero que rodea los campos de Montcharvin. Marchaba con la cabeza baja y el cuerpo inclinado hacia adelante. Cuando estuvo a su lado pudo leer fácilmente en su rostro la tristeza y la desesperación. Absorto con sus pensamientos no había visto a la señora Guibert, que estaba a su derecha al lado de la columna de piedra de la verja. Pasaba de largo; ella le llamó:

—¡Juan!

Sorprendido al oír su nombre, volvió la cabeza y entonces vió a la anciana que le sonreía con sonrisa melancólica. Él la saludó, acercándose.

—¡Ay!, exclamó como si se quejara a su propia madre. ¡Qué desgraciado soy!

Ella le tendió la mano.

—Juan, déme usted el brazo. Acompañeme. Se acerca la noche y empieza a sentirse el fresco.

Él obedeció, desalentado.

—Ya sabe usted que no puedo ir a su casa. Pero la acompañaré hasta la puerta.

En el silencio de la noche, llegaba de los prados próximos el ruido incesante de las cigarras. Por entre los gruesos troncos de los castaños se veían las luces doradas del crepúsculo. El día luchaba obstinadamente con la sombra.

Marchaban por la arena de la avenida sin prisa y callados.

Al llegar a la escalinata, Juan quiso despedirse, y ella le dijo:

—Entre usted. Deseo hablarle. Paula no está en el salón.

Trató de resistir, después cedió sin esperanza alguna y entró detrás de la señora Guibert. Parecía un condenado a muerte que no cree en los consuelos de su confesor y ni siquiera los escucha.

Cuando hubo cerrado la puerta, ella se volvió hacia él, y cogiéndole las manos, le miró fijamente con sus dulces ojos.

—¿Ha rechazado su petición?

—Se ha marchado corriendo y llorando.

—Pobre Juan, usted no se ha dado cuenta de lo que ha pasado.

Aquella acogida cariñosa calmaba su dolor, pero acababa de destruir toda su energía y se sentía pronto a romper en sollozos.

—¡Oh! ¡Vaya si lo he comprendido! Ella no me quiere. Y yo la adoro con toda el alma.

La pobre madre soltó las manos del joven, se apoyó en la mesa y pareció recogerse en sí misma. Lo que iba a hacer era muy delicado. ¿Podía disponer del corazón de su hija? ¿Estaba segura de haber comprendido la verdad?

Contempló a Juan, a quien quería como a un hijo, y recordó su pasado lleno de lealtad y valor. Pensó sobre todo en el alma ardiente y en el porvenir de Paula. Y tranquilizada, sonrió a Juan diciendo:

—Se ha engañado usted, Juan. Paula le ama.

Él meneó la cabeza.  
—¡Oh, no! No trate usted de darme explicación alguna. Déjeme usted partir.  
—Créame usted. Las madres adivinan el pensamiento de sus hijos.  
Y añadió después de breve pausa:  
—Paula le ama. ¿No ha comprendido usted que se sacrificaba por mí?

—¿Por usted? ¿Por qué?  
Y miraba con ansiedad á la señora Guibert. La juventud se resistía á ser vencida, y una nueva esperanza le agitaba.

—¿No le ha anunciado usted su proyecto de marchar á Tonkín?

—Sí.  
—Pues ella no ha querido abandonarme. Y por esto se ha marchado llorando. Pero ella le ama, ¿qué significarían entonces sus lágrimas?

Por fin se dió cuenta de su egoísmo y quedóse sin saber qué decir ante aquella mujer de la que se había olvidado, cuya soledad y suprema tristeza preparaba, y que no exhalaba la menor queja al pedirle el sacrificio de su último hijo.

Tranquila y serena, viendo que él permanecía callado, repitió:

—No ha querido abandonarme.

Y con débil sonrisa añadió:

—¿Le extraña á usted?

Él seguía callado, luchando con la emoción profunda que le iba invadiendo. La pobre anciana continuó con su voz dulce y firme:

—Paula se equivoca. Me quería muchísimo antes de amarle á usted. Hoy me sigue queriendo muchísimo, pero le quiere á usted más que á mí; sólo que no se da cuenta de ello. Ha sido mi única alegría y me ha dado fuerzas para luchar. Más tarde comprenderá usted adónde llega su abnegación. Ha llegado hasta el extremo de quererle sacrificar por mí. Pero yo no lo quiero y Dios tampoco lo quiere.

Ella vió que el joven lloraba y le cogió una mano.

—Paula mira hacia atrás, y en la vida hay que mirar hacia adelante. Los padres y las madres pueden vivir por sus hijos, pero nunca debe suceder lo contrario. Es una ley natural. Es voluntad divina. No llore usted, Juan; será su esposa. Voy á buscarla. Pero antes prométame quererla mucho, protegerla siempre, hacerla dichosa. Mi Paulita se lo merece.

Juan ya no trataba de ocultar sus lágrimas. Eran lágrimas de piedad ante un milagro de abnegación. Su admiración respetuosa y apasionada confundía en una sola persona á madre é hija, dignas una de otra en su olvido recíproco de la dicha. Y él, cegado por su amor, no había visto que éste, como los antiguos dioses, exigía en holocausto la ofrenda expiatoria de un noble corazón destrozado.

Con un impulso espontáneo se inclinó y puso sus labios sobre la mano augusta que tenía en las suyas.

—Debería arrodillarme ante usted. ¡Es usted la más santa de las mujeres!

—¡Por Dios, Juan!

—Yo no quiero aceptar su sacrificio. Nos quedaremos en Francia, á su lado. Paula no la abandonará jamás.

Pero la señora Guibert ya se había alejado del joven. Se dirigía al fondo del salón, abrió una puerta, y volviendo la cara desde el umbral dijo:

—Espérese usted.

Atravesó su cuarto y entró sin hacer ruido en el de su hija. Por la ventana abierta entraba misteriosamente con los perfumes del jardín la última luz del crepúsculo, reflejándose en un espejo entre las sombras de los bosques. Gracias á aquel reflejo pudo distinguir á Paula, sentada junto á la cama, apolotonada, llorando su felicidad perdida. La había rechazado voluntariamente, sin desfallecimientos; ¿pero no le era permitido contemplar desde lejos sus encantos como se contempla una tierra prometida que nunca se alcanzará? Y la nostalgia de su amor antiguo y fuerte que nadie había conocido y que nadie conocería jamás, de su amor que creía haber ahogado y que

renacía en medio de su dolor, la embriagaba hasta llegar al deseo de morir.

Despertó de su pena con un beso de su madre sobre sus cabellos.

—Paula, ¿por qué lloras? Es preciso que te muestres valiente ante la dicha como lo has sido ante la desgracia.

Paula preguntó tímidamente y sin mirar á su madre:

—¿Se ha marchado?

—No. Está en el salón.

La joven se ruborizó al oír aquella contestación tan deseada, pero las sombras ocultaron su rubor; en el espejo se iban borrando las tintas doradas.

—Salgamos, dijo la señora Guibert.

Y llevando á Paula de la mano entró en el salón diciendo:

—Juan, he ahí su futura.

Ella misma unió las manos de los novios. Éstos no se miraron. Una emoción deliciosa llenaba sus pechos de la gracia y dulzura de la tierra y del secreto sentimiento de la fuerza divina. Juan alzó los ojos el primero, fijándolos en el ser objeto de su ternura. Las lágrimas derramadas por Paula disminuían la belleza de su rostro, pero también le quitaban su gesto de orgullo, dándole una expresión más humilde y encantadora, revelada además por la actitud de abandono de su cuerpo. Y aquella debilidad femenil aumentó aún más su amor.

—¿Puedo creer en mi dicha?, preguntó por fin.

Con un suspiro contestó:

—¡Sí!

—Paula, la amo con toda el alma.

Ella repitió con una voz débil como un soplo, casi imperceptible:

—Yo también le amo á usted.

Y le miró y se sonrieron. En seguida ella buscó los ojos de su madre, y tranquilizada en medio de su alegría, dijo:

—Mamá también nos acompañará al Tonkín. Todos estaremos reunidos excepto Margarita.

Entonces él comprendió el argumento supremo empleado por la señora Guibert para conocer el corazón de su hija. Y aunque dudaba de que les acompañara, y sospechaba instintivamente que era aquello una generosa mentira, fingió regocijarse con la alegría de las dos mujeres.

—¡Hijos míos! ¡Queridos hijos míos! Dios nos da una gran alegría. ¡Que sus bendiciones desciendan sobre vosotros, sobre vuestro hogar y vuestra futura familia! Juan, bese á su prometida.

Los labios del joven rozaron una mejilla de Paula aún húmeda de lágrimas. De este modo se mezclaban con su primera caricia las huellas del dolor: símbolo de su unión para

toda la vida, en la dicha lo mismo que en la desgracia.

Retirada al fondo del salón, la señora Guibert contemplaba la fotografía de Marcelo; pero casi á oscuras, veía más en sus recuerdos que en aquella imagen las facciones de su hijo. Juan y Paula se acercaron.

—¡Cuánto se hubiese alegrado Marcelo!, dijo el joven. Yo creo que había leído en mi corazón mucho antes que yo.

La joven se acordó de las palabras de su hermano: *No te preocupes, algún día serás feliz...* Aquel que llevaba en la frente el signo fatal y marchaba hacia la muerte con paso decidido, leía en el porvenir con sus ojos que miraban hacia otro mundo; ¿será preciso estar despegado de la vida para distinguir las afinidades de las almas y el secreto de los destinos?..

Y su cariño fraternal se complació en asociar á Marcelo con su amor.

Después de la ardiente lucha del crepúsculo, por fin acababa de morir el día.

—Me marchó, dijo Juan á su prometida.

Ésta se puso triste. Ocupando su futuro esposo todos sus pensamientos, sufría por aquella primera separación.

La señora Guibert intervino.

—Es muy tarde. Quédese á comer con nosotras. Partiremos con usted la comida. Se tendrá que contentar con muy poco. Después regresará usted á la villa de los Rosales.

El dudó un momento.

(Se continuará.)



Él tomó una de sus manos y ella no la retiró

La joven se había puesto en pie, y aprovechando la sombra que atenuaba las señales de su emoción, trató de seguir defendiendo su obra.

—Usted no sabe lo que ha pasado, mamá. Yo no le amo. Sólo... que su petición ha sido tan inesperada para mí, tan extraña, que me ha emocionado. Comprenda usted la situación... Pero le aseguro que no le amo. Y no me es posible amarle.

Su madre la contemplaba con una ternura infinita, como si midiese todo lo grande de aquella abnegación firme que no quería darse por vencida y resistía hasta la desesperación.

—Ven conmigo, Paula. Juan no te lo ha contado todo; ó mejor dicho, tú te has marchado demasiado pronto. Así es que no ha podido decirte que yo marcharé con vosotros.

Cual las flores que después de la tormenta brillan al sol convirtiendo las gotas de agua en otras tantas piedras preciosas, aquel rostro lleno de lágrimas se iluminó de una alegría radiante. Se echó en brazos de su madre. Si ésta hubiese dudado, aquel cambio repentino la hubiera convencido.

—¿De veras? ¡Qué felices seremos!.. ¡Cuánto la quiero!

La señora Guibert sonreía, comprendiendo que aquellas tres palabras últimas no iban dirigidas á ella.

—Ya lo decía..., murmuró dulcemente acariciando el rostro de Paula como cuando ésta era pequeña.

Enternecida, contemplaba la eflorescencia de aquella dicha, á la que había contribuido por una providencial circunstancia, y muy bajito daba gracias á Dios que había escuchado sus deseos.

## NUEVOS APARATOS DE AVIACIÓN.—LOS AEROPLANOS BLERIOT Y SANTOS-DUMONT

Sabido es el interés que despiertan en el mundo científico los frecuentes ensayos de aparatos de aviación practicados en Francia, en donde parece como si se hubieran agrupado todos los inventores, señalándose cada ensayo por un nuevo progreso, un adelanto sensible para el logro de ese noble propósito perseguido, cual es el de conseguir lo que pudiera denominarse el imperio de los aires.

Recientemente ha tenido lugar el ensayo de tres nuevos aparatos, entre los cuales figura el aeroplano Bleriot. Este aparato inventado por M. Luis Bleriot difiere esencialmente de todos los tipos ensayados hasta el presente. Forma un solo plano, constituido por dos á modo de alas desplegadas, cuya superficie alcanza trece metros cubierta de papel apergaminado, resultando un aparato sumamente liviano, propósito que ha perseguido y logrado realizar el inventor, reduciendo, cuanto le ha sido posible, la

resistencia que se oponga al avance del aparato. Los demás elementos resultan asimismo ingeniosamente dispuestos y asumen el carácter de originalidad.

Bagatela denominase el nuevo aeroplano, cuyo peso no excede de doscientos sesenta kilogramos, provisto de un motor Antoniette colocado entre los dos planos, así como de dos ruedas de bicicleta para facilitar su transporte y lanzamiento.

Durante el ensayo, á cuyo acto concurrieron Santos-Dumont, el capitán Ferber, Ernesto Archdeacon, Pablo Tisandier, Enrique Kapferer, Verrin, Delegrange, Arnault Peltine, Alberto le Mespand, Andrés

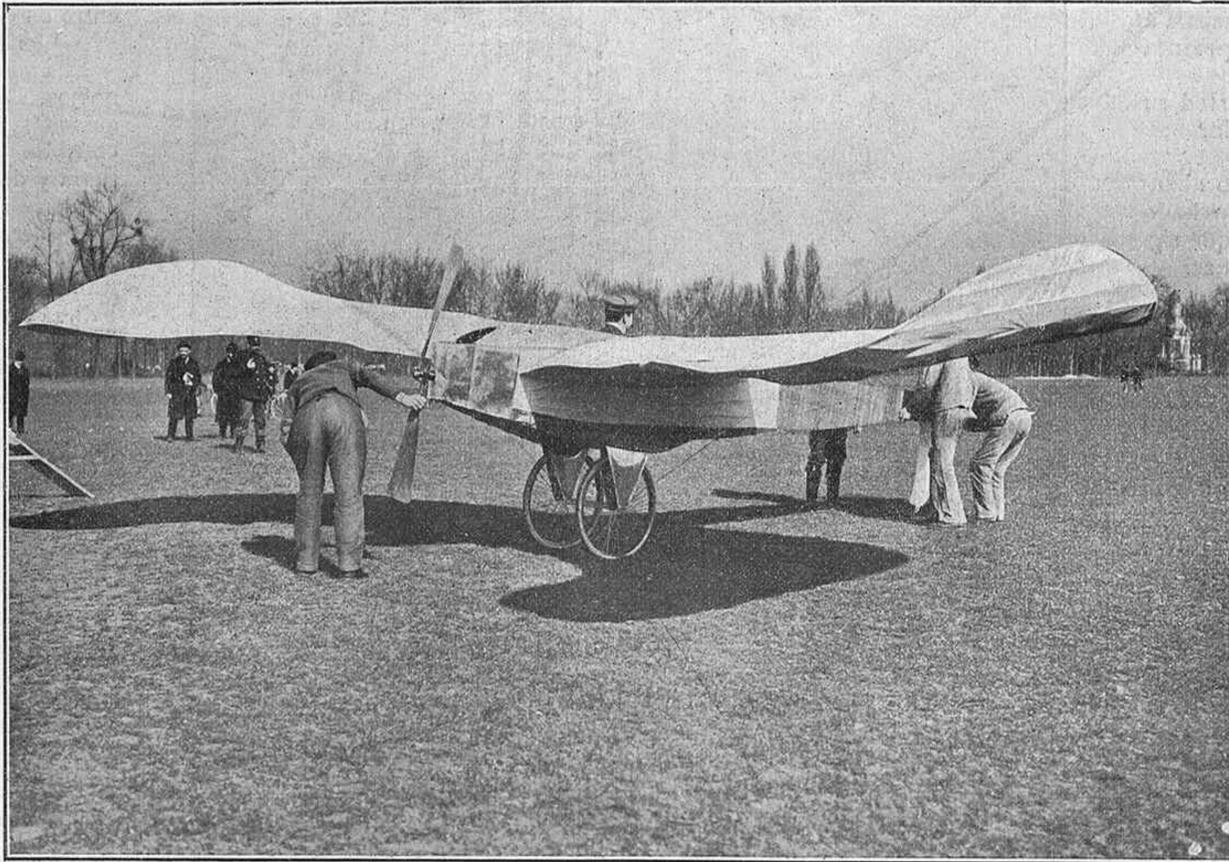
calurosos plácemes de los concurrentes por su notable invento, ofreciendo solventar la pequeña dificultad surgida durante el ensayo público.

El eminente aviador Santos-Dumont, consecuente con su propósito de obtener el lisonjero resultado que hace años persigue, ha ideado á su vez un nuevo aparato de aviación, con el cual confía recorrer el trayecto de un kilómetro, fijado para alcanzar el Gran Premio de Aviación.

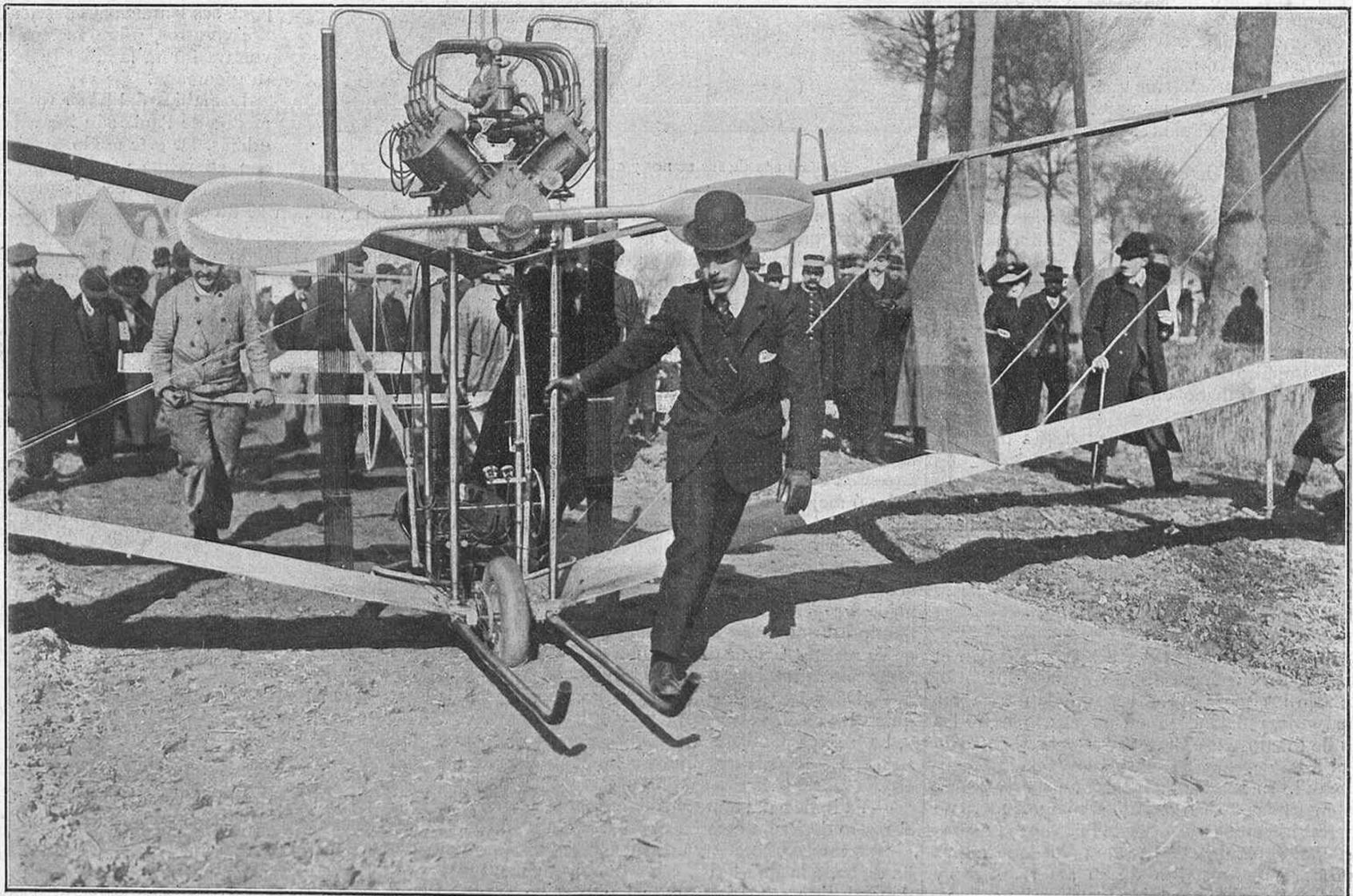
También se distingue este aparato por la simplicidad de sus elementos, habiendo procurado el inventor la mayor eficacia en la acción de cada uno de ellos, abrigando Santos-Dumont la confianza de haber dado un gran paso en el difícil problema de la aviación.

Dos ensayos ha practicado el inventor en los días 22 y 24 de marzo último. En el primero, efectuado en Saint-Cyr, que tuvo por objeto realizar una prueba de velocidad, hubo que lamentar un li-

gero accidente, ya que una de las alas del aeroplano chocó contra la tierra, arrancando algunas astillas del aviador, viéndose obligado Santos-Dumont á practicar las reparaciones necesarias. En la segunda prueba rompióse el gobernalle. Sin embargo, los dos ensayos pueden considerarse satisfactorios, siendo lícito esperar que en breve el ya célebre inventor obtendrá la confirmación de su nuevo triunfo.



PARÍS.—EL AEROPLANO BLERIOT, RECIENTEMENTE ENSAYADO. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>ª</sup>)



PARÍS.—EL NUEVO AEROPLANO SANTOS-DUMONT. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>ª</sup>)

EL REY DE SAJONIA EN MADRID

A las once y cuarenta minutos del día 19 de marzo último llegó a la estación de las Delicias de la coronada villa el tren real que conducía a S. M. el rey Federico de Sajonia y su séquito. Conforme habíase convenido, hallábanse únicamente en el andén el Sr. Radowitz, embajador de Alemania, y el personal de la Legación, vistiendo todos de gran uniforme. El embajador subió al coche-salón en donde viajaba el monarca y el convoy regio continuó su marcha, dirigiéndose a la estación del Mediodía.

Una hora antes de la llegada comenzaron las tropas a cubrir la carrera que había de recorrer la regia comitiva, afluyendo numeroso público deseoso de presenciar una ceremonia que se suponía había de revestir la brillantez propia de las grandes recepciones.

Poco antes de las doce penetró en la citada estación del Mediodía el rey D. Alfonso XIII, quien vestía el uniforme de general alemán, ostentando la banda del Aguila Negra, así como la venera de las cuatro Ordenes Militares españolas, acompañado de los infantes D. Fernando, con uniforme de oficial bávaro; D. Ramiro de Borbón, de húsar de la Princesa, y D. Alfonso de Orleáns, de alumno de la Academia de Infantería, hallándose ya en el andén, también de uniforme, el presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, los ministros de Guerra y Marina general Loño y contraalmirante Ferrándiz, las autoridades militares, el alcalde Sr. Dato, el secretario del Gobierno Civil Sr. Martos O'Neale, el

Comisario general de Policía, así como nutridas comisiones del Ayuntamiento, Diputación Provincial y jefes y oficiales del ejército y armada.

A la entrada del tren, la banda de música del ba-

ros, M. Nostiz. Durante el tránsito, ó sea Puerta de Atocha, Paseo del Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol y calles Mayor y de Bailén, agolpábase el público tras las filas de los soldados, aclamando a los monarcas, quienes contestaban afectuosamente.

La plaza de Oriente hallábase también invadida por numerosísimo público, especialmente durante el desfile de las tropas, que comenzó al asomarse los monarcas al balcón central del regio alcázar, acompañados de las reinas Victoria y María Cristina, princesa Beatriz é infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Eulalia.

Dió comienzo el desfile en columna de honor y por antigüedad de cuerpos por el siguiente orden: las tropas de infantería, después las de artillería y por último los regimientos de caballería, produciendo extraordinario efecto el paso de los batallones de cazadores. Asimismo llamó la atención el desfile del 14.º ter-

cio de la Guardia Civil, formado por soldados veteranos, por su marcialidad y el brillante aspecto que ofrecían su traje de gran gala.

Acto seguido trasladáronse los reyes é infantas á la Capilla Real, en donde oyeron misa, celebrándose á las dos de la tarde un banquete en honor del regio huésped, terminado el cual visitó el monarca sajón el Museo de Pinturas y la Real Armería, saliendo de Madrid en el sud-expreso para Biarritz, conservando probablemente grato recuerdo de su corta estancia en la capital de España, así por los honores de que fué objeto, como por la simpática acogida que le dispensó el pueblo madrileño.



ENTRADA EN MADRID DEL REY FEDERICO DE SAJONIA, ACOMPAÑADO DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII (De fotografía de Toneser.)

tallón de cazadores de Llerena, que se hallaba formada en el andén á la cabeza de la compañía encargada de hacer los honores al regio huésped, ejecutó el himno alemán, adelantándose D. Alfonso XIII al descender del coche-salón el rey de Sajonia, estrechándose efusivamente las manos los dos soberanos.

Hechas las presentaciones acostumbradas y revisada la compañía de cazadores, salió la comitiva de la estación, ocuparon los reyes un coche de gala y varios carruajes sus respectivos séquitos, constituyendo el del rey Federico el teniente general H. d'Altrack, el coronel H. de Vilucki y el Consejero de Legación, delegado del ministro de Negocios Extranje-



**PECHO IDEAL**

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**HISTORIA GENERAL de FRANCIA**

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA CLOROSIS

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**

\* Célebre Depurativo Vegetal cura las \*  
**ENFERMEADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acné.  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**

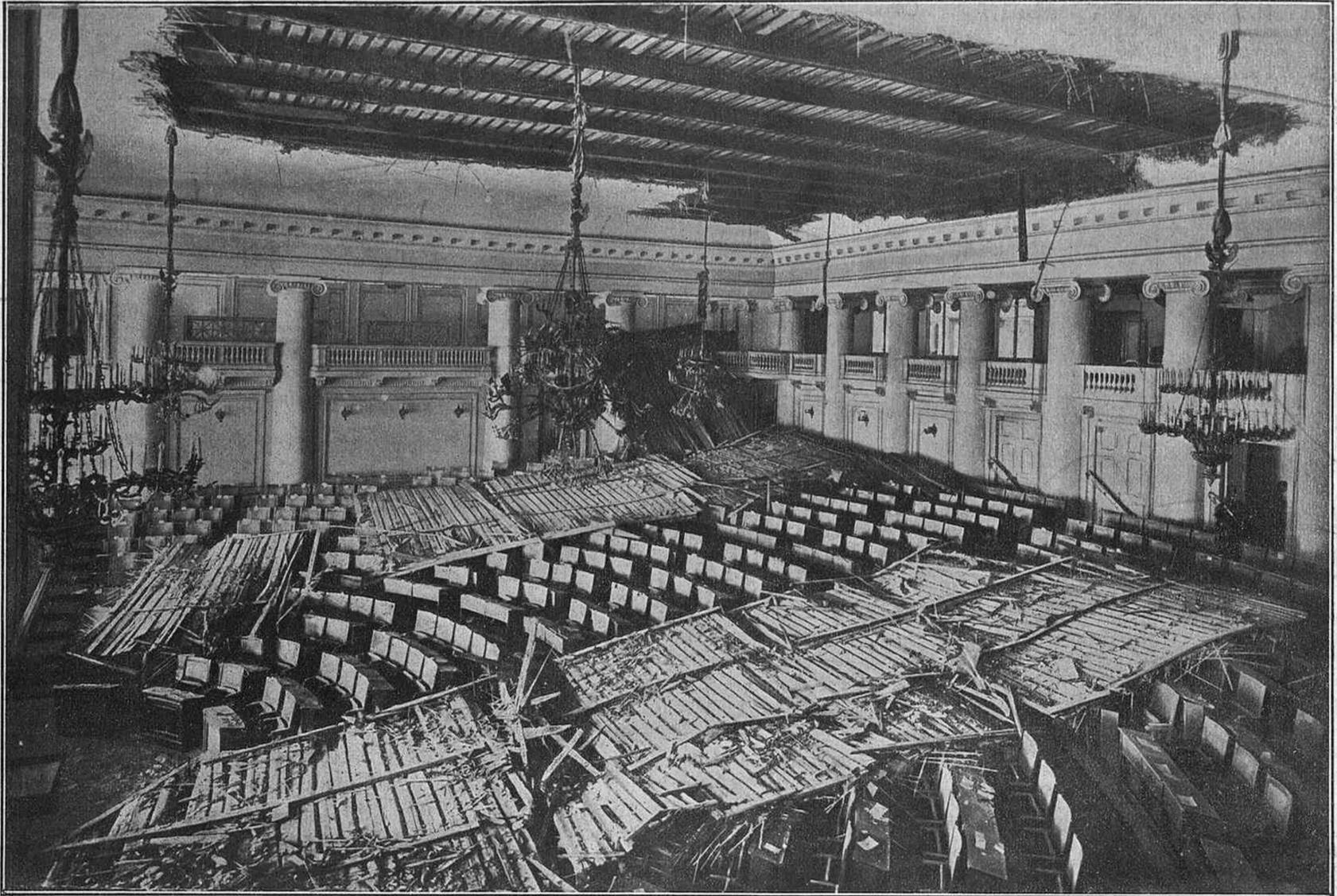
SOBERANO CONTRA  
**CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**HISTORIA UNIVERSAL**

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJA LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN. Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsimiles, etc. Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. - MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

**PATE EPILATOIRE DUSSE**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSE, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



San Petersburgo.—La sala del palacio de Taurida, en donde celebra sus sesiones la Duma, después del hundimiento del techo  
(De fotografía de Photo-Nouvelles.)

En la madrugada del 15 de marzo último hundióse el techo del salón del palacio de Taurida, en donde celebraba sus sesiones la Duma, retorciendo y arrancando en parte las arañas y cubriendo con sus planchas y enyesado los bancos en donde se sentaban los diputados, especialmente los del centro y los de la izquierda. Si el accidente llega á ocurrir algunas horas después, habría revestido las proporciones de una

gran catástrofe, cuyas consecuencias habrían sido espantosas. La causa del hundimiento han sido el descuido y la impericia de la administración, pues cuando se arregló aquel salón de fiestas para convertirlo en salón de sesiones y se construyeron las gradas de cemento armado, nadie se cuidó de examinar el estado del techo, que no había sido reparado desde hacía mucho tiempo.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EPICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
EXIGIR LA CANTIDAD  
**de BLANCARD**

APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

Date de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS Est-Denis, 46

AVISO Á  
LAS SENORAS

**EL ANIOL** DE LOS  
JORET Y HONOLLE

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ia</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE**  
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.